

POEMA FILOSÓFICO II

Enrique González Rojo Arthur

2018

ÍNDICE

1. La historia de la filosofía griega según Aristóteles.....	
2. Vicisitudes metodológicas.....	
a) En Grecia.....	
b) En la Edad Media.....	
c) En la modernidad. La duda metódica.....	
c. 1 Más sobre Renato Descartes.....	
d) Francis Bacon.....	
e) El reinado de la lógica formal.....	
f) La Lógica de Port Royal.....	
g) Los <i>Principia Matemática</i> y la lógica matemática.....	
h) La lógica dialéctica.....	
i) El método trascendental de Kant.....	
4. Ética y axiología.....	
4.1 Hedonismo.....	
4.2 Los cínicos	
4.3 La filósofa Hiparquia de Maronea.....	
4.4 El epicureísmo	

4.5 El estoicismo.....

4.6 Séneca. Su vida y su muerte.....

8. El método: “gránulo racional”
de la filosofía de Hegel.....
9. El rol de Ludwig Feuerbach en la irrupción
del materialismo dialéctico.....
10. Del deísmo al ateísmo pasando
por el panteísmo.....
11. Marx y Engels.....
12. ¿Qué es la filosofía marxista y cuáles
sus componentes esenciales.....
13. Discípulos de Marx.....
14. Cuatro elegías sobre las inquietudes principales
de las mujeres y los hombres.....
- a) Del escéptico.....
- b) Del creyente
- 1.....
- 2.....
- 3.....
- 4.....
- 5.....
- c) Del panteísta

1.....

2.....

3.....

4.....

d) Del materialista

1. Politeísmo y monoteísmo

Los seres humanos salvajes
veían que, en cierto aspecto, todos
sus órganos corporales eran parecidos:
se hallaban bajo el mismo régimen
o formaban parte
de una ley que fagocitaba sus excepciones.
Claro que nadie confundía su mano
con el cuello,
su pie , por puntiagudo que fuese, con la lengua,
ni las fosas nasales, móviles en veces,
con los párpados.
Nadie.
Pero todo: mano, cuello,
pie, lengua, nariz y párpados,

vivían bajo las órdenes del **mí**,
o de esa pulsión apropiativa -lo **mío**-
que hace crecer las uñas
y poner en riesgo de zarpazo
lo ajeno.

No estaban seguros dónde estaba aquél.
Unos decían: se halla acá a la mitad del pecho.
Otros: que no, se ubica en el estómago.
Y alguien: yo lo siento en la cabeza,
a la altura de los ojos,
adentrito.

De mucho pensar en esto llegaron a la conclusión
de que, independientemente de dónde residiera el **mí**,
su plena entidad se dividía en dos partes:
la **conciencia**, que era a saber como
el jefe de la tribu de las extremidades del cuerpo
o el que tenía el bastón de mando,

y los demás que, sin chistar,
se veían obligados a obedecer.

Su organismo era, pues, un saco o una envoltura
donde convivían el rey sacerdote

-el *mí* o el alma-

y el resto de las partes o los órganos
que tiene bien localizados la anatomía.

Con esta noción, o prejuicio, o atisbo,

o lo que se quiera,

se pusieron a ver alrededor,

hacia los cuatro puntos cardinales

de su circunstancia.

Y ¿qué encontraron?

Descubrieron minerales, vegetales, animales

y todos con aspecto de envolturas

cerradas a piedra y lodo

y concluyeron:

todos, seguramente, tienen un *mí* o un *ego*

y han de llorar, patear y maldecir su existencia
a la hora del hambre sin alimentos
o a la hora del frío sin el rayo de sol
que podría uno abotonarse en la mañana.

No sé en qué momento el *mí*,
el dedo índice señalando el propio cuerpo,
o la conciencia pensando en sí misma,
prefirió llamarse *alma*.

De ahí que la conclusión fue más bien:
todos, seguramente, tienen alma.

Y así nació el *animismo*.

No había nada en el cielo, en la tierra
y en toda geografía posible
que careciese de alma.

Y así como existían objetos diminutos
como el gusano más pequeño

que sus criaturas de seda,
la uva, pañuelo almidonado de lágrimas dulces,
el ciempiés niño, el gorgojo
que tenían almas pequeñas,
del tamaño del olvido,
y de apenas a veces unos cuantos milímetros,
había otros
(el cielo, el sol, la luna y el mar
-para no hablar de los Hecatónquiros¹)
que tenían un alma magnificente
y descomunal.

La imaginación humana
que no tiene límites
y que, como el cosmos,
está a veces en expansión acelerada,
al “caer en cuenta” de la autonomía del espíritu

¹ O centimanos. Gigantes con 100 brazos y 50 cabezas, hijos de Gea y Urano, de los que habla en su Teogonía el gran Hesíodo.

respecto al cuerpo,
empezó a cogitar una resuelta escisión
entre el alma de los grandes objetos
y sus soportes reales
y zás... ¡surgieron los dioses!
Los más importantes fueron,
a más de *Caos*,
el dios del cielo (*Uranos*)
y el de la tierra (*Gea*).
Estado muy arriba el uno
y abajo, a nuestros pies, el otro-;
en general los dioses andaban o se movían
dentro de su cuerpo
pero podían salir de sí
y hasta abandonar sus lares más privados
y departir con otras deidades.
Uranos descubrió muy pronto
que su género era masculino

y que, cuando veía fijamente a Gea
se le revolvían las entrañas
al grado de dejarse caer hacia el primer orgasmo
que registra la historia.

Antes de proseguir hablando de los dioses
y de cómo elevaron el monte del Olimpo
al cenit de las creencias populares,
hablaré, Lucrecio, de la palabra **tabú**.

Este vocablo polinesio
que significa interdicción,
prohibido el paso,
ruta intransitable por desprendimientos rocosos,
y que se refiere no sólo a prohibiciones como el incesto,
la exigencia judía a considerar a Dios como **Lo Innombrable**
o los mandamientos negativos
-capitaneados por un No-
del decálogo,

sino a todo lo que resulta intimidante,
peligroso o fraguado en el misterio
y que no puede ser ni visto, ni escuchado
ni presa de los dedos.

Y guay del que incumpla la prohibición expresa del tabú,
ya que ello puede extenderle una invitación a la desgracia
para venir a su pueblo, su vivienda, su persona.

El tabú, que es una forma del animismo,
generó la diferencia entre lo sagrado y lo profano,
lo celestial y lo terrígeno.

Su violación puede acarrear no sólo
alguno de los peores zarpazos zarpazos del infortunio
sino la misma muerte.

Uno de los ejemplos elocuentes de **tabú**
lo hallamos en el *Arca de la Alianza*
de los judíos.

Era un cofre sagrado,

una caja itinerante de valores
que guardaba a piedra lodo
-como, en el hermetismo, lo hace el pastor
que obliga a su rebaño de secretos
a devorar sus balidos-,
no el canto de sirena
del tintineo monetario
o los doblones que la música comercial
arranca de los oídos analfabetos,
sino los principios morales de un pueblo,
el deber ser,
los mandatos con olor a cielo,
el *dictat* de la conducta.
Guardaba, en efecto, las Tablas de la Ley
e iba sobre el Tabernáculo con destino
al templo de Jerusalem.
Al Arca de la Alianza
le ocurrieron vicisitudes sin fin

que, Lucrecio, los tratos de mi tinta con el tiempo,
me impiden documentar.

Pero sí quiero decir

que, en cierta ocasión,

un encargado de cargar el Arca,

de nombre Uza,

al momento en que se hallaba el Tabernáculo

a punto de resbalarse y venir al suelo

con toda su sacralidad,

pretendió con sus manos sostenerlo

y en ese mismo instante cayó muerto

fulminado por una de las descargas eléctricas

que colecciona y arroja de vez en cuando

la fatalidad.

En un momento dado,

el mundo estaba sobrepoblado de dioses.

Los había por doquier:

subidos a los árboles

o a la vuelta de la esquina.

Explosión demográfica que llegó a preocupar

al mismísimo Zeus

y hasta lo hizo jalar la rienda

a sus más delirantes ímpetus lujuriosos.

No sólo estaban enfrascados

en sus cuestiones personales

sus negocios estrictamente sacros o divinos:

tristeza por el bien ajeno,

codazos y zancadillas,

genocidios perpetrados con la mano en la cintura,

erotismo elevado a la máxima potencia,

la ley del tali3n vuelta máxima universal,

celos y venganzas,

sino que, am3n de no dejar las leyes f3sicas en paz,

interven3an con los h3roes

y los humanos.

Jenófanes de Colofón no fue el único
en descubrir los pies de barro de los dioses en Grecia,
su mentira aerostática flotando por las nubes
del espacio y el cerebro,
pero sí el que puso manos a la obra
para buscarles y dar con el talón de Aquiles
de todos ellos.

De todos.

Su actitud recibe el nombre
de crítica antropomórfica de la religión
en su fase politeísta.

En dos de los pocos fragmentos que nos han quedado
del creador de la escuela eleática,
nos dice, en el primero:

***“Los etíopes dicen que sus dioses
son chatos y negros,***

***mientras que los tracios dicen que los propios
tienen ojos azules y son pelirrojos”***

y en el segundo: ***“si los bueyes pudieran pintar y esculpir
pintarían y esculpirían dioses que parecerían bueyes”***.

Pero Jenófanes no se limitó, con los dioses,
a moverles primero y quitarles después
el piso celestial en que se hallaban,
a hacer la primera cruzada contra la fe en ellos
y a negarles el menor bocado de oxígeno,
sino que, a semejanza del ***Ser único y eterno***
de Parménides,
insinuó que en lo sobrenatural
el ***pluralismo*** era un absurdo
con menos realidad que cualquier fantasía
que luce un desvanecimiento de fronteras
con lo imposible.

Si es pertinente ahora hablar

de la arqueología de los conceptos,
este es el sitio para aludir
a la **deidad oculta** sin ojos, sin oídos,
sin los tristes devaneos con la finitud
y sus grotescas expresiones,
de un monoteísmo *in nuce*
que arroja por la fuerza de su reino
a toda suerte de deidades
hasta hacerlas morder el polvo de su mentira.

En el mundo helenístico-romano,
durante el reinado del estoico Marco Aurelio,
un escritor sirio, nacido en Samósata,
decidió retomar el papel de los críticos
antropomórficos de la religión.

Era el gran Luciano²

a quien Engels llamaba “el Voltaire el mundo antiguo”
y que, en sus múltiples obras,

² que nació en 125 y murió, probablemente en Atenas, en 181 D.C.

escritas en griego ático puro,
preocupábase por darles a beber a las deidades
una escudilla de mala leche recién ordeñada,
fresca y apetitosa
o dirigir el venablo de su burla,
envenenada por la cicuta
de su radical escepticismo,
a desacreditar toda religión:
lo mismo el politeísmo decadente
-Zeus ,al decir de Luciano,
imprecaba a las deidades diciéndoles:
“Basta ya de pelear entre vosotros
como si fuérais hombres” -
que el cristianismo que se hallaba
en la púbera etapa del incienso³.

Su crítica era más bien una sátira

³ En una actitud semejante a la de Celso, crítico romano del siglo II D.C. que consideraba al cristianismo incipiente como una vulgar superstición.

en que el ariete de la burla
no dejaba títere sagrado con cabeza
hasta dejar el monte Olimpo
simplemente como un *árida montaña*,
como aquella en que un músico ruso
tan modesto como grande,
pasó toda una noche,
valido de una amnésica brújula
buscándole el sentido inútilmente
a la vida.

Otra crítica del politeísmo
y del monoteísmo primitivo cristiano
fue la gran filósofa, matemática y astrónoma
Hipatia⁴, neoplatónica seguidora de Plotino,
la cual no podía contener la risa y el desprecio
por los charlatanas politeístas
y los supersticiosos cristianos.

⁴ nacida en Alejandría en 355 o 370 y fallecida en 415 o 416 D.C.-

Sus argumentos y la independencia de su pensamiento indignaron de tal manera a una turba de cristianos⁵ que la lincharon sin escrúpulos en una de esas ocasiones en que el dogma, con un pie en el infierno, llena las pilas de la iglesia no de agua bendita sino de sangre hermana.

Pitágoras de Samos⁶ no nos ofrece una idea clara de lo que entiende por Dios. No obstante, esta idea puede ser rastreada en sus concepto de **Mónada** que es el *uno* y que hace alusión no sólo a la identidad de cada quien, sino a la armonía general del universo.

La **Mónada** es perfecta, pero engendra la **Díada** que es imperfecta y que Pitágoras identifica

⁵ Al parecer mandados por el cristiano Cirilo.

⁶ Aunque Pitágoras nació en la isla de Samos en el mar Egeo, vivió muchos años en Oriente -sobre todo en Egipto-, y se trasladó posteriormente a Crotona, en la Magna Grecia, donde fundó una hermandad que se hizo famosa por sus concepciones filosófico-matemáticas, políticas y sociales.

con el mundo.

El número impar es más perfecto
que el par, porque éste, al desdoblar lo uno,
cierra el camino al perfeccionamiento.

Aunque este planteamiento mira de reojo
a la dialéctica,
y hasta le hace guiños ontológicos,
no deja de chapotear en la espuma altitonante
de la abstracción.

La armonía no sólo se halla en la concertación de los
números
sino también del cosmos,
de los astros y su música.

En esto se basan algunos intérpretes de Pitágoras
para decir que su concepción del Altísimo
es más bien *panteísta*.

Pero aquí, como en el caso de Sócrates y de Platón,
la duda levanta la mano
como una antorcha en la que chisporrotean

pertinentes signos de interrogación.

De Platón no se puede decir de manera segura

que sea politeísta

-aunque hable de los dioses-,

ni tampoco monoteísta

-por más que aluda al **Demiurgo**

en el *Timeo* o hable del ***Alma universal***

que se encuentra al centro del cosmos -

ni panteísta o panenteísta⁷

-aun suponiendo que las ideas o lo divino

preceden en el orden lógico y fundan (como modelos)

a las cosas.

La materia en Platón aparece como masa caótica

que, sin las ideas, carece de formas distintivas.

Entre paréntesis digo que:

⁷l ***panenteísmo*** es un concepto que afirma que Dios es tanto inmanente al universo como trascendente a él, diferenciándose del panteísmo (en que impera la inmanencia) y del monoteísmo (en que domina la trascendencia). Es una teoría sostenida en el siglo XIX por Karl Christian Friederich Krause y en los tiempos modernos por el estadounidense Charles Hartshorne.

en ninguno de los filósofos griegos
ni siquiera en Aristóteles,
la *creación* tiene el carácter
de salto mortal o cabriola metafísica
de la nada al universo,
ella aparece más bien,
si queremos conservar el nombre,
como el tránsito del caos al cosmos.
Se trata, en sentido estricto,
no de una generación radical
sino de una recomposición,
una exquisita orfebrería
que pasa de lo informe y desordenado
a un mundo que, en sus mejores facetas,
se codea con la poesía.
Una transformación en la que intervienen entidades
como el “alma universal”
-que se halla al centro del universo-

o el Demiurgo.

Pero a decir verdad estos principios

a los que no tiene empacho Platón

o los neoplatónicos en llamar Dios,

carecen de personalidad y no pueden ser considerados

como el Dios espiritual y trascendente

del que hablará el cristianismo.

Al parecer, el discípulo de Sócrates

se refería, en la cotidianidad, a las divinidades

por sumisión a los prejuicios,

al habla común

-como cuando los incrédulos del monoteísmo

decimos: “adiós, hermano”

o “por Dios, deja de ver con esos ojos a esa dama”.

O tal vez aludía a una “diplomacia táctica”

que exigen en veces el poder y la religión,

pero su pensamiento estaba lejos de dotar

a las ideas -incluso las más altas
como la del *Bien*, la *Belleza*, la *Verdad*-
de ningún tipo de moldeado antropomórfico
que les insuflara conciencia y voluntad.
La idea del Bien, por ejemplo, no tenía
problema conyugales con el Mal
como Zeus y su consorte Palas Atenea,
ni el Topos Uranos era, como el Olimpo,
la ciudad de las intrigas, las calumnias
y toda la basura que barren los humanos
hacia el cielo.

Según el *Timeo*⁸, al principio,
cuando los minutos podían ya ser contados
con los dedos,
los relojes,
las clepsidras,
sólo había en el universo, como dije,
materia informe

⁸ Libro clave de Platón influido por Pitágoras.

como un barro, dormido en su esterilidad,
que se hallara al margen del menor indicio
de fecundación.

La materia en Platón era, por otra parte,
el origen del mal
y causa del olvido de las ideas
que, zambullidas en el oleaje crepitante
de los sentidos, tienen que ser pescadas
con los agujeros-tomados-de-las-manos
de las redes de la *anamnesis*⁹
la cual,
para que el filósofo pueda reencontrarse con lo eterno,
exige poner a raya a las pulsiones
y su turbio manantial de apetitos.

El **caos** era el mundo patas arriba,
donde toda posible individualidad

⁹La reminiscencia.

-oruga, grillos desgañitados, unicornios violeta,
humanos que no hallaban las palabras
que escondían, inconscientes, debajo de la lengua-
aún no descubría sus órganos olfativos
ni mucho menos cómo empezar a respirar.
En cambio, sí le era dable blandir
un ramillete espléndido de *ideas*
que, recorriendo las galerías de lo eterno,
y desde la inconmensurable altura de lo inmaterial,
no podían entender, por más que se les explicara,
qué era la sexualidad,
la fecundación,
el nacimiento,
la vida, el acto de reproducirse
y el deceso:
las anteojeras de la eternidad
les impedían ver
cómo hay entes que atraviesan por la vida

masticando los tiempos verbales

que, quiéranlo o no,

les pertenecen.

Fue entonces que salió a escena

el mito del ***Demiurgo***,

el cual, comparado con el Dios

de los monoteísmos que surgirán más tarde¹⁰

tenía dos limitaciones:

no era consciente de sí mismo,

sino que operaba como una fuerza creativa

-con no sé qué nudos espirituales de fuerza-

que ordenaba lo disparatado de la realidad

pre-cósmica

y descubría la fe de erratas

de lo absurdo.

Además no tenía el poder

de extraer algo

¹⁰ judaísmo, cristianismo, mahometanismo.

-por pequeño que fuese-

de la nada,

la *creatio ex nihilo* era el primer mandamiento de sus incapacidades.

Sólo le era dable establecer el vínculo

de ***modelo/copia***

entre las ideas y las seres empíricos

o, lo que tanto vale, inducir a la materia

a imitar a las ideas.

El ***eidōs***, como dije,

es impoluto e imperecedero

y a diferencia de los fenómenos

y las cosas que discurren en la tierra movediza

de la experiencia,

tiene en su bagaje, además del Bien,

la belleza y la verdad,

la mismísima muerte pero muerta.

El *Demiurgo* tiene como faena principalísima,

dígolo de nuevo,
facilitar el paso del caos al cosmos
-como si, teniendo en mente la armonía,
jugara a armar el rompecabezas del desorden-
y lo hace de la mejor manera posible
inspirado la Belleza, la Verdad
y sobre todo el Bien.

El *Demiurgo*, como Empédocles,
separa los cuatro elementos,
impregna de alma todas y cada una de las cosas
-dando al animismo el don de ubicuidad-
y, hallándose en el espacio que prefigura el orden,
genera el tiempo.

Pese a que Aristóteles afirmó con toda contundencia
que el *Demiurgo* de su maestro era una simple metáfora
-un mito como el del carruaje o el de la caverna-
los Padres de la Iglesia,
a la busca, en su arqueología teológica,

de fósiles divinos,
sostienen que el *Demiurgo* del *Timeo*
prefiguraba, aunque deformada, la imagen de Dios,
del Dios único y eterno que se halla en el común altar
de los monoteísmos.

Pero estas afirmaciones no pasan de ser un buen deseo.

Me atrevo a afirmar, Lucrecio,
que Aristóteles es, en la filosofía helena,
el creador del monoteísmo maduro,
y también de la idea de que
no sólo tenemos un padre contingente
tan efímero, mortal y poca cosa
como nosotros,
sino un Progenitor, un *padre nuestro*,
no sólo colectivo,
sino patrón indiscutible del allende,
del reguero sin fin de estrellas y galaxias incorpóreas

que hacen la Trascendencia,
un Dios, para decirlo pronto,
que arrastra en sus venas no los glóbulos de lo fugaz
sino el plasma de lo eterno
que, incinerando
las cunas y ataúdes juntamente,
se fuga sin cesar de la cárcel numerada
de los relojes.

Para llegar a esta noción sinónima de absoluto
y antónima de un ápice del tamaño
de la insignificancia,
Aristóteles removi6 cielo y tierra.

Como el discipulo de Plat6n
vivi6 un momento
en que la presunci6n de un ***Dios 6nico***
sufri6 un eclipse completo, producido por la nada,
tras lo cual la constelaci6n de *El Olimpo*
volvi6 a instalar en el firmamento

su monarquía,

Aristóteles se dio a reunir

los conceptos, las argucias, los dúctiles recursos
para sacar a Dios de sus escondrijos.

Su **Física** le sirvió de trampolín

para acceder a la **Metafísica**,

es decir a la *filosofía primera*,

donde reinaba, a su juicio, el Ser inmaterial,

indivisible e inalterable

al quien los ojos, la menudencia y la orfandad humana

llaman el *Altísimo*.

Tras la momentánea obnubilación de Dios

-que dejó de estar en el cielo, la tierra

y en todo el lugar durante el eclipse mencionado-

lo primero que Aristóteles acarreó a su mesa de trabajo

fue el ***hilemorfismo***

o séase la noción de *materia y forma*,

una suerte de matrimonio serial

entre diferentes personajes.

Lo mineral, lo vegetal y lo animal,
y en el piso alto de este rascacielos,
lo humano,

tienen su *forma* respectiva

o, lo que es igual, su *ousía*¹¹,

la huella digital de su pronombre.

La *forma* de una bestia es la sensibilidad.

El ser, sí, una *mónada* -como quería Pitágoras-

pero con ventanas grandes o pequeñas

para que la intemperie

no brille por su ausencia

y deslumbre al ojo

con sus ráfagas de sombra.

Si el cuerpo de los hombres es la *materia prima*¹²,

su *forma*, o su esencia, es el alma,

¹¹ Su esencia.

¹² o materia informe. Y el mismo cuerpo ya con su alma es *materia secunda*.

un alma racional
que, a diferencia de las irracionales,
da con las primeras palabras
para deletrearse a sí mismo
en la infancia de su fuero interno.
Dios es, en fin, la **forma de las formas**,
el Ser que da sentido a la proliferación
indefinida de entes,
el Ser dotado de infinito poder
que tiene bajo su cobijo una verdadera
feligresía de esencias.

Otro concepto que Aristóteles puso sobre la mesa
tiene que ver con el movimiento:
se trata de la **potencia y el acto**,
la simiente preñada de futuro
y la alborada en flor que al parecer nacería
con la ayuda de la partera interna

de la propia matriz.

Las cosas y los seres vivos
se mueven en el espacio,
se van, dándonos la espalda primero
y la espalda de sus huellas después
y vuelven trayéndonos la lejanía
en un compartimiento de su equipaje
y en otro
la proximidad que se esfuma
hasta ser ya presencia.

Pero también se mueven en el tiempo.
Cuando hacen esto último
saltan de la *potencia* al *acto*.

Este pensamiento es un antecedente
de la *ley dialéctica del trueque de la cantidad
en calidad*.

Cierto es que los griegos,

como dice la expresión ***natura non fecit saltus***,
veían en general los cambios físicos
como graduales,
como si se pasara de un estado natural a otro
pasito a pasito y sin despeinarse el cabello,
pero la idea de la conformación de la ***potencia***
-de que ésta se desarrolla al grado
de poder reemplazar una ***forma*** por otra,
y de “brincar” al ***acto-***,
no deja de tener cierto parentesco
con la ley hegeliana y marxista
que nos dice que si hay, y sólo si hay,
en un fenómeno una acumulación
de cambios graduales,
transformaciones a veces imperceptibles,
cambios niños,
mudanzas milimétricas
que se dan en una proporción ***cuantitativa*** necesaria,

sobreviene, a partir de un *punto crítico*,
un cambio de *cualidad*,
lo cual, dicho en lenguaje aristotélico,
equivaldría a asentar que irrumpe,
a partir de la *potencia*, un nuevo acto,
una realidad distinta, una *forma*
que estructura de diferente modo a la *materia*.

La noción de movimiento,
la convicción de que lo que está en potencia
desemboca en acto,
vuelve dinámica el par ***materia/forma***
y hace de la filosofía peripatética
una filosofía del movimiento.

La agilización que trae consigo la idea
de la potencia y el acto,
conduce a Aristóteles a la pregunta:

¿qué es lo que empuja a la potencia

a transmutarse en acto?

Y puesto que él no piensa, como los materialistas,

que la materia es semoviente,

no puede dejar de traer aquí la teoría del *motor*.

Es, sí, una teoría mecanicista.

Las cosas, para él, se mueven en el tiempo

de manera similar a como se mueven en el espacio.

Tienen que ser arrastras,

llevadas a empujones

por una fuerza motriz.

Las cosas, sin estos impulsos, se quedarían quietas,

estancadas en su inmovilidad,

con los pies secuestrados por el desgano.

Visto desde el Liceo¹³,

el universo todo

¹³ La institución formada por Aristóteles, en que, seguido de sus alumnos (Teofrasto, Eudemo, etcétera), caminaba alrededor de los jardines explicando su pensamiento (de ahí el nombre que se le da a su filosofía: peripatética).

era una realidad motorizada.

Con el impulso pertinente tras de sí

cada objeto iba

de la potencia al acto

y de una forma a otra.

La misma muerte, en lo que alude al cuerpo,

era pasar de la **potencia destructiva** del morbo

al **acto** de la hecatombe,

su festín de larvas y la emergencia

de originales e inéditas **formas**.

La ley cobijaba, sin embargo, una excepción:

el Altísimo era **acto puro**.

No un **acto** que la **potencia** diera a luz,

tras los trámites de la fecundación,

sino uno en que la eternidad

excluye todo barrunto

de preámbulo gestante.

Era también motor, pero *motor inmóvil*,

Ser que posee la facultad de mover,
pero que, inalterable, no sabe, ni necesita
de que alguien le dé cuerda
y le cuente los pasos.

Dos tipos hay de motores:
los que, siéndolo, también son movidos
-como los planetas y las estrellas-
y el que pone en movimiento todo,
lo que se dice todo,
pero permanece sin mover un músculo
o la fibra de un nervio.

La manera en que el **Motor inmóvil**
mueve a cuanto cosa hay en el mundo
es vislumbrada por Aristóteles
de manera *sui generis* : no empuja sino atrae.
No espolea a las criaturas
para que formen la cadena interminable

de lo que, más o menos bien apoltronado,
ocupa un lugar en el enjambre sin fin
de la totalidad,
sino que, dada su perfección,
y el poseer en plenitud
la belleza, la inteligencia y la felicidad,
se hace radar de deseos
y apetencia que embarga el corazón
de todas las criaturas, nimias o grandiosas,
enfermas de insignificancia.

No estoy muy seguro de ver en Aristóteles
como dije,
un antecedente del deísmo
posterior. No estoy seguro.

Cierto es que el estagirita concibe a Dios
como el Supremo y todo lo que implica
-hacer que la perfección salga a escena

y tome el micrófono-.

pero, a diferencia de los monoteísmos

hebreo, cristiano e islamita,

este Motor inmóvil,

monarca mecanicista de todo lo que fluye,

no tiene la menor negociación con la nada

ni crea, al tronido de dedos,

un mundo que hasta entonces no existía

y que, en insólita generación espontánea ,

se introdujo amoldándose en el mitin

de huecos de la nada

en la que no existía

ni el indicio más minúsculo imaginable

en representación desvalida lo que es.

Y es que, se precisa decirlo,

ninguno de los pensadores griegos

¡ni Aristóteles! habla de la ***creatio en nihilo***

ni podría suscribir el capítulo del Génesis

del Antiguo Testamento y
su pretensión de trocar,
en seis días, la ausencia de lo que es,
la realidad deshabitada,
por su abrupta aparición.

Eso por un lado.

Por otro, no estoy seguro
de que Aristóteles considere a Dios
como una persona consciente de sí,
a la manera en que Zeus cronida
o Palas Atenea,
los héroes o los seres humanos
no solo son conscientes de,
sino que también,
en lo que Kant llamaba ***apercepción,***
lo son de sí mismos.

Se me figura, Lucrecio,
que los cristianos se dedicaron a interpretar

al Supremo concebido por Aristóteles
a modo.

Pero tal cosa quizás sea una adulteración,
un traer agua bendita
a su molino.

2. La historia de la filosofía griega según Aristóteles

No me dejarás mentir, Lucrecio,
cuando afirmo, como muchos,
que la filosofía nace como una rebelión
contra el pensamiento mágico,
ese jardín de lirios y delirios,
de amapolas y *giradioses*.

La permanente confusión entre lo natural
y lo sobrenatural,
el infatigable ir y venir entrambos mundos,
el carácter ***heroico*** de la mitología griega,
como hija de lo divino y de lo humano,
que priva aún en Homero, Hesíodo y Píndaro¹⁴,
sufre una fractura irreversible,
un punto y aparte con ínfulas de abismo,

¹⁴Y, desde luego en el aristócrata Teognis de Megara.

cuando los pensadores,
obsesionados por la búsqueda
de la ***causa natural*** de las cosas,
intentan hasta herirse las manos
arrancar de la tierra los secretos
del saber.

El surgimiento de una vigorosa clase social
de comerciantes esclavistas
-que le daba a la división del trabajo
don de ubicuidad-
a quienes la “investigación científica”
y la ***adaequatio rei et intellectus***¹⁵
les interesaba por razones prácticas,
propició el surgimiento de un nuevo tipo de sabios,
averiguadores de cosas o “amantes de la sabiduría”
que ya no se entregaban a la taumaturgia y el hiloísmo,
sino que iban al safari de los *por qué*s de los fenómenos.

¹⁵ La adecuación de la cosa y el intelecto, como se dirá después.

La madurez del pensamiento griego
llegó a tal nivel
que, hacia el siglo IV antes de nuestra era,
con Aristóteles en su ***Física*** y en su ***Metafísica***,
no se limitó a la búsqueda del principio
o la ***sustancia***¹⁶ primordial de lo existente
sino que meditó en el concepto mismo de ***causa***,
como una realidad encinta
no de un augurio asténico y exangüe,
sino de otra nueva realidad
que irrumpe en el aquí y el ahora
estrenando su respiración.

De ahí que distinguiera entre cuatro tipos de causa:

la *material*, la *formal*,

la *eficiente* y la *final*.

Te pongo, Tito Lucrecio, este ejemplo:
la causa material de un libro es el papel,

¹⁶ De sub-stare: estar por debajo.

la formal el objeto libro,
la eficiente -o causa del movimiento- el autor
y la final, segar el mayor número posible
de orejas de burro
o, para decirlo con la elegancia que prefieres
y te caracteriza, Lucrecio,
volver la vista a los ciegos
con el ***fiat lux***¹⁷ de la lectura.

Aristóteles pensó que el concepto de causa
y sus variedades
podía servir, entre otras cosas, de método,
de cayado o de brújula,
para hacerse de una idea equilibrada
-lo cual significa aquí
no andarse por las ramas quebradizas
de la ***doxa***¹⁸-

¹⁷ Hágase la luz.

¹⁸ La mera ***opinión***. Lo opuesto a la ***episteme*** o conocimiento (objetivo).

de la historia de la filosofía griega desde el siglo VI hasta la época en que vivió¹⁹. Al aplicar este criterio en la revisión de sus antecedentes -el árbol genealógico de los abuelos que no sólo ***amaban la sabiduría***²⁰ como Pitágoras sino que ***ardían en deseos de saber*** como Platón- puso en claro que no se refería a un proceso particular de *causación*²¹, sino a la manera en que sus predecesores propusieron diversos fundamentos de lo vario o lo múltiple en la naturaleza, en interpretaciones personales donde jugaba diferente papel la causa primigenia y su progenie de innúmeros efectos.

¹⁹ El siglo IV antes de nuestra era.

²⁰ Es decir que eran filo-sofós.

²¹ Como el ejemplo del *libro* que puse con anterioridad o el, más famoso, de la *escultura de bronce*.

La causa material que estructuró todo lo existente
-o sea la *sustancia* cósmica por excelencia-
podía ser ***monista***²² o ***pluralista***.

Siguiendo, oh Tito Lucrecio Caro, las indicaciones
del filósofo de Estagira²³

puedo asentar que

el ***agua*** para Tales, el ***aire*** para Anaxímenes,

el ***fuego*** para Heráclito y la ***tierra*** para Jenófanes

eran la causa material de todo lo habido y por haber.

Ante la pregunta: ¿de qué están hechas las cosas?

Cada uno de estos filósofos respondía,

con plena convicción, que

de *una y sólo una causa*

de la cual, en extraordinaria metamorfosis

-con los síntomas de un vértigo

asomado a lo enigmático-,

se derivaba lo demás.

²² con un solo elemento.

²³ Macedonia.

Para Tales, el miletano,
no sólo estaban henchidos
y más que henchidos formados de *agua*,
el mar, las lágrimas y el zumo de los cocos,
sino también las orquídeas, los alacranes y las estrellas.

Para Anaxímenes²⁴

el *aire* no sólo operaba como material constitutivo
del cierzo, del globo encinta o del suspiro,
sino de las piedras, los Titanes
y las niñas en edad de merecer.

Y algo semejante con Heráclito
y el “fuego eternamente vivo”

y con Jenófanes y la “madre tierra”:

cada uno creía, aseguraba, daba su corazón en prenda,

hallar la causa material

de los distintos, los iguales y los contrarios

que forman el universo mundo.

²⁴ Discípulo de Anaximandro, el cual a su vez era discípulo de Tales.

El siciliano Empédocles pensó, por contra,
que no podía ser
un solo elemento el que fungiera como causa material
de la innúmera muchedumbre de cosas, bestias,
humanos y deidades,
sino que esa causa debía integrar
el grupo de *adobes* necesarios
para hacer las viviendas cósmicas o infinitesimales
del todo.

Habló por eso, en términos pluralistas,
del agua, del aire, del fuego y la tierra
como la cuadriga de causas materiales
que corre por los campos olímpicos
del universo
para dar existencia a todo lo posible.

Y lo mismo Demócrito y Anaxágoras,

los cuales creían que,
dada la complejidad inabarcable
de lo que es en cuanto que es,
tenía que existir, por así decirlo,
un “hormiguero de causas”
-átomos, semillas, minúsculos espermatozoides-
que diera a luz lo que existe
y que de lo uno pero plural
surgiera la infinitud de lo vario.

¿Por qué los filósofos pasaron del monismo
al pluralismo?

Y también ¿por qué transitaron
del “pluralismo tosco” de Empédocles
al “pluralismo elaborado”, en Demócrito y Anaxágoras,
que vinieron a ser el secreto constitutivo
de toda entidad?

¿Por qué, Lucrecio, por qué?

Mi convicción, oh padre, es que todo se debió,
como dije, a las dificultades de pasar
-a veces dando saltos mortales-
de lo *uno* a lo *vario*,
o a la insatisfacción que fue ganando a los presocráticos
de derivar de una sola causa material
la causa formal de la variedad multifacética
de los entes que conforman este mundo,
identidad al hombro.

Anaxímenes, me parece, es el primero
que no se conforma con hablar
de una causa material fundamentadora
-que en su caso es el *aire*-
sino que, de modo consciente
-con la lúcida cefalea del que indaga-
buscó la *causa formal*

de lo que, emanado de ese **grund**²⁵,
carece de la menor semejanza con él.

¿Cómo el aire puede transformarse
en viento, nube, sol, estrellas
o en lascas, tierra, minerales?

Tiene que haber una fuerza natural, se decía,
que transmude la sustancia y dé a luz
las distintas formas del universo.

Esta fuerza o **causa formal** no es otra
que la **solidificación** y la **rarefacción**.

Cuando el aire se solidifica se convierte
en una serie de formas líquidas o sólidas
(agua, piedras, cristales, tierra)

y cuando se evapora se reunifica en las alturas
hasta formar las estrellas y el mundo sublunar.

Heráclito se vio también en la necesidad
de someter a su principio sustancial -el fuego-
a la acción “del camino hacia abajo o hacia arriba”²⁶

²⁵ fondo, en alemán.

que, añadiendo a la causa material, la formal, explicaban la variedad de lo que existe.

La causa formal en los pluralistas es la **mezcla**.

Como ya no tienen que “extraer”, en una metamorfosis inverosímil, de un solo elemento la identidad o figura de todos y cada uno de los entes que, sumados, dan cuerpo a la totalidad, rechazan por extravagante la causa formal de las vías de la **solidificación y rarefacción** o **del camino hacia arriba o hacia abajo** a favor de la **mezcla**.

¿Mezcla de qué? De las cuatro **raíces** que constituyen para Empédocles su sustrato.

Los **cuatro elementos** son, pues, su causa material

²⁶ que él, en su afán de unificar los contrarios, consideraba como lo mismo.

y la **mezcla** de ellos su causa formal.

La mezcla, sin embargo, no bastaba, sino que requería una **causa eficiente** para hacer de la mixtura una forma individuada, con las características que la causa del movimiento le transfieren.

Aquí es donde salen a escena el **Amor y la Discordia**.

El nacimiento de un ser es una mezcla **amorosa** de los cuatro elementos que se ayuntan, en una proporción específica, y dan a luz tal ente.

La muerte en la disolución de la mezcla, la ruptura del corazón y los riñones, el cerebro y las rodillas, perpetrada por el odio.

A Anaxágoras, desde la *causa material*,

le preocupaba la *causa formal*
(la figura o esencia del objeto)
y la *causa eficiente* (el **Nous** o inteligencia),
por eso las *homeomerías*,
o corpúsculos cualitativamente diferenciados
que servían de infraestructura a la totalidad,
ya llevaban o traían consigo, aunque invisible,
la cualidad que facilitaba la mezcla
(de lo homogéneo),
con que surgiría el nuevo ente.

Como dije, Empédocles y Anaxágoras,
con el *Amor y el Odio* y el *Nous*,
echaron a andar la *causa eficiente*
del sinnúmero de cosas y fenómenos
que pueblan el universo;
pero añado que sintetizaron simultáneamente
la *causa eficiente* con la *final*

que responde al interrogante

¿Para qué fue generado lo nuevo?

Seguramente los dos pluralistas responderían

que la *mezcla* de su plural sustancia

era realizada por su *causa eficiente*

para consolidar el tránsito

del caos al cosmos

(que venía dándose desde siglos)

y que sólo después de un gran esfuerzo

daría pie a que se pudiese recoger la cosecha

de la normalidad.

Entonces, en la playa se hallarían,

desperdigadas,

y recorriendo el oscuro camino de la putrefacción,

sirenas²⁷ cercenadas:

cuerpos de mujer de la cintura para arriba

y cuerpos de pescado

de la cintura a la cola,

²⁷ No las sirenas de Ulises, que tienen otra forma.

como residuos de creaciones fracasadas,
poemas enloquecidos,
esculturas al desorden.

También entonces, en el pegaso,
las alas se desconectarían del cuerpo
y volarían para añadirse a la parvada
de su verdadero ser,
mientras que el caballo, amnésico de cielo,
trotaría, galoparía o se huracanaría
hacia la manada
de su identidad.

Pitágoras de Samos²⁸ inauguró en Grecia
un modo diferente de enfocar las cosas.
No estaba interesado primordialmente²⁹,

²⁸ Pitágoras nació en la isla Samos en 580 ó 570 y falleció en 500 A.C. Habiendo conquistado los griegos el sur de Italia (la Magna Grecia) y creado dos ciudades-estados florecientes Sibaris y Crotona, Pitágoras, huyendo del dictador Polícrates de Samos y después de recorrer varios países de Oriente, se trasladó Crotona y fundó ahí su famosa Hermandad.

²⁹ Aunque no dejó de prestarles su atención.

como los presocráticos,
 los sofistas y los pensadores atenienses,
 ni en la conformación material del universo
 (planteamiento cosmológico)
 ni en los valores sociales y la organización política
 (predominio de la antropología),
 su en el **pluralismo**.

Pero no del **pluralismo material**
 de los cuatro elementos³⁰,
 de las **homeomerías** o de los **átomos** ,
 sino del **pluralismo abstracto** de los números.

Advertía que todos los fenómenos
 iban acompañados de una cierta relación numérica.

Que la luna, el sol y las “estrellas fijas” tenían
 una especie de ángel custodio matemático.

Y que tal era la razón de por qué todas las noches
 hubieran conciertos emanados de la música de los astros

³⁰ Empédocles y su esposa y Theano tuvieron tres hijos: Arimnestes, Telauges y Damo.
 Empédocles recibe los secretos
 de la doctrina pitagórica de Telauges.

o de lo que él llamaba “la armonía de las esferas”.

Después de comprobar lo anterior

y de identificar el “alma de las cosas” con los números, separó deliberadamente el elemento matemático

y se puso a analizarlo en los jardines de la abstracción.

Habló de la *mónada* (el uno), de la *díada*, etc.

Pensó que el número clave era la **tetraktys**

o sea el diez, producto de sumar $1+2+3+4$.

Habló de su famoso **teorema**³¹ que, al parecer importó del oriente,

y puso el acento en la geometría,

en las tres formas esenciales de triángulos:

el equilátero, el isóceles y el escaleno³²,

en el álgebra y la música,

ese arte “de números concordantes”

que diría San Juan de la Cruz.

³¹ El todo triángulo rectángulo el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos.

³² El primero representaba, según él la tierra, el segundo el fuego y el tercero el aire. El rectángulo simbolizaba el agua. Con lo cual completaba los cuatro elementos que jugaban un papel esencial, como hemos visto, en la filosofía griega.

Los notas musicales, decía, “son números actuando en el espacio”

Los guarismos son esenciales para entender el cielo.

Pitágoras se acercó a la concepción geocéntrica del sistema solar y uno de sus seguidores

Aristarco, también de Samos, fue uno de los primeros en atisbar tal cosa, antes de Copérnico y Galileo.

Para el geómetra Pitágoras la esfera

-que caracterizaba a Selene y a la rotación de ciertos cuerpos celestes alrededor de otros- representaba la perfección.

El orden racional del mundo celeste

se opone, según los pitagóricos³³,

al desorden ilógico del mundo sublunar.

Yo me atrevería a sugerir

que, en Pitágoras, los números juegan el papel

de la ***causa eficiente*** de la conformación

³³ Alcmeón, su discípulo, opina lo mismo.

de los objetos múltiples que forman el cosmos.

Ya no son el **Amor/Odio** o el **Nous**,

los que van sembrando identidades por doquier,

sino que el ***encuadramiento cuantitativo*** es el que

juega este papel.

3. Vicisitudes metodológicas

a) En Grecia

La brújula es un haz de caminos,
un compendio de ires y venires
pastoreados por los puntos cardinales.
Cuando hablamos de ***método*** en filosofía
aludimos, con ella,
al instructivo de un viento afortunado.
El método es la trayectoria
para acceder al conocimiento,
a la ***gnosis***,
por la calzada real,
con el auxilio del cayado
con buen sentido de orientación.

Los filósofos griegos fueron entusiastas

no sólo del peregrino,
su báculo,
su curiosidad

o el enclave de sus ansias en las sienas,
no sólo de su “amor a la sabiduría”
y su fardo de viaje,
sino de la ruta más conveniente,
más segura,
sin imprevistos y peligrosos
salteadores,
para dar con la **areté**
o descubrir a la **episteme**
de todos sus secretos.

Tanto en su período cosmológico
como en el antropológico,
los filósofos griegos no querían que sus miradas
quedaran prendidas en el papel matamoscas
de la apariencia.
Querían ir al fondo,
a la sustancia,

a la Verdad sin remilgos
y con una V mayúscula que se ganara a pulso.
Por eso les interesó tanto el método,
el punto de vista adecuado
para no andar por las ramas
y acabar hincando el diente
en la fruta podrida del desatino.

Ya los sofistas se referían
a la necesidad de hablar bien(*retórica*)³⁴
dialogar (*dialéctica*) y descubrir (*heurística*)
como enfoques pertinentes.
Echando mano de ellos, estos maestros ambulantes
lograron acceder,
a más de persuadir a muchos de sus oyentes,
a diferentes tipos de filosofía
que aparecerán y reaparecerán a lo largo de la historia

³⁴ No sólo hay que pensar bien para hablar bien, sino la utilísima y gramatical viceversa.

como ideas fijas,
-paralizadas en su congelamiento-
en el cerebro colectivo de los seres humanos,
si es que los académicos
y los amantes del *ars bene dicendi*
no salen a la busca de unas orejas de burro
para endilgárselas a tal expresión.
Al tener en cuenta la filosofía helena,
desde los sofistas hasta los estoicos ,
los cínicos y los epicúreos,
le doy la razón a Alfred North Whitehead
cuando decía que toda la filosofía occidental
no es otra cosa que notas al pie de página
de la filosofía griega.
Siguiendo los métodos aludidos,
alta la frente,
y con la buena orientación de su cayado,
los sofistas accedieron a filosofías

o ¿la materia,
construyendo escaleras en sí misma,
se eleva poco a poco hasta hallar su contrario?
Para Protágoras ya no son
las cuatro raíces (las *rizómata*) de Empédocles,
los *átomos* de Demócrito
o las *homeomerías* de Anaxágoras
los sótanos del castillo de arena
de la razón humana,
sino que es la conciencia la matriz
que genera,
no en los nueve meses consabidos,
sino de golpe
-de un golpe de tal vez
nueve segundos-
todo lo que se enfrenta a los humanos
desde la externidad del universo.

La curiosidad, una de las formas más acuciantes
del deseo, tras de buscar dentro de sí
y hallar únicamente el gran vacío
de la ignorancia,
sale a la caza mayor de las respuestas.
Al crecer en intensidad se vuelve un hervidero
de inquisiciones,
cada una con el impulso de descubrir el lugar privilegiado
donde tranquilizar sus ansias
y lamerse las heridas.
Así como el andrógino
-según el Aristófanes del *Simposio* platónico-
era la redonda prehistoria del amor,
puedo imaginar
que en tiempos inmemoriales
las preguntas y las respuestas
vivían, vueltas una, en un círculo virtuoso,
como la manzana

antes de la discordia.

Tal vez Zeus,

como lo hizo con los hermafroditas,

lanzó su rayo y dividió

los interrogantes y sus aclaraciones.

La filosofía es, por eso,

el desolado valle en el que aúllan

las preguntas llamando a sus respuestas.

Sócrates,

el contrincante más severo de los sofistas,

también creía conveniente poseer un método

para no dar traspiés, caer de bruces

y embarrarse las manos con la engañosa mugre

del error.

Su método recibe el nombre de ***mayéutica***

(o ***ironía socrática***),

nombre que alude a la profesión de su madre

que era partera.

El maestro de Platón

-como se muestra sobre todo en el ***Teeteto***

de este último-

quería ser, como su progenitora,

perito en partos,

ángel custodio del nacimiento,

heraldo del oxígeno.

Pero no, claro es, de nuevos vástagos,

de niños que dejan a sus espaldas el vientre materno

y se acogen a los brazos no siempre amables

de la intemperie,

sino de las ideas y conceptos

escondidos en la mente.

¿Cuál era la técnica que empleaba nuestro filósofo

en este singular ejercicio

de la obstetricia?

Consistía en el uso,

hecho con la mayor limpieza posible,
de un haz de preguntas pertinaces e intencionadas.
Resultado de este empleo
era la demostración de que el que creía saber,
tener las nociones a flor de lengua,
vivía en unión libre con los prejuicios,
y ello le producía al esposo de Jantipa
la risa socarrona e inaudible
oculta en las entrañas de la **ironía**.

Para Platón *saber es recordar*.

Esta su teoría de la reminiscencia
o su método de la **anamnesis**.

Pero no recordar lo de ayer en la tarde
o lo de hace veinte años en la madrugada.

No se trata de la memoria
de algo acontecido desde que somos lo que somos:
entes de carne y hueso y un pedazo de espíritu.

No, es algo que existía en la mente desde antes de nacer y que, tras el nacimiento, se ha sepultado en los terrasgos del alma.

El cuerpo, en ese momento, representa el olvido general de las ideas.

El alma y los conceptos habían estado, en el *Topos Uranos*³⁶, no sólo como conocidos que se saludan de mano en la calle, sino entidades de amistad profunda e intimidad sin cortapisas.

La *dialéctica* platónica tiene como su esencia o su marca de fábrica la interlocución, el debate, la esgrima de las lenguas.

Los *Diálogos*

(tanto los socráticos, de la primera etapa, como los platónicos

³⁶ Un "cierto lugar del cielo".

en que el discípulo de Sócrates se roba la escena,
la coloca a lo largo y a lo ancho
de su pecho, y suelta a sus lectores
la genial verborrea de su antorcha)
representan un intercambio
de jirones de alma,
de réplicas y contrarréplicas
no para tatuar, como los sofistas,
saberes venidos de la experiencia,
en la piel desnuda de las almas,
sino para entregarles,
con el recuerdo subterráneo,
el mapamundi del allende.

Si el método de Sócrates es la *mayéutica*
y el de Platón la *anamnesis*,
el de Aristóteles es el *Organon*
o instrumento para destruir los sofismas,

sus engañosos juegos de manos

o el dar gato con ojos de liebre.

Basado en tres principios derivados

de la escuela eleática³⁷

-el de identidad, el de no contradicción

y el del tercero excluido-,

la lógica contenida en el **Organon** es la estructura

que ha de tener el pensamiento

para no caer de bruces en el lodazal

de lo erróneo, o de los yerros que,

en el carnaval de la apariencia,

dan con una máscara de lo veraz

a su medida;

es el congelador -o el pequeño polo norte-

al que se meten los conceptos

para que no se echen a perder.

Con los invaluable servicios de **ergo**,

mayordomo de la conclusión,

³⁷ Jenófanes (el fundador), Parménides, Zenón y Meliso.

que nos conduce a las verdades insípidas
de la lógica formal,
es la sabiduría de la inferencia,
la gimnasia matutina de la derivación,
el arrancar de las entrañas de las premisas
el puñado de luz
que impida a la materia gris de las neuronas
realizar su tendencia a resbalarse
hacia la negrura de la ignorancia.

Aristóteles es un pensador de tal magnitud
que casi casi dijo en su ***Organon***
la última palabra
sobre la armazón formal del pensamiento,
la que brota,
no de un punto final incinerado,
sino de los entresijos de la genialidad
asomada a su boca.

b) En la Edad Media

Después de Aristóteles, y durante la Edad Media, las cuestiones de método pasaron a segundo nivel, poco a poco se fueron extinguiendo, con los pies sumergidos, chapoteando, en el Leteo.

Primero, con San Agustín³⁸, siguieron a Platón.

El Obispo de Hipona no sólo santificó al **Topos Uranos** y lo proclamó el paraíso, sino que mantuvo la tesis de que las ideas platónicas y los arquetipos de que hablaban los **Diálogos** no eran sino “pensamientos de Dios”.

En esta dirección se movieron

³⁸Y la patristica en general.

todos los pensadores de la alta Edad Media desde San Agustín hasta San Anselmo de Canterbury, el creador de la **prueba ontológica** de la existencia de Dios que, proviniendo del autor de **La ciudad de Dios**, hizo escala en este santo del siglo IX para desembocar en Descartes y recibir después rotunda refutación, al lado de las **pruebas cosmológica y teleológica** que pretendían otro tanto, por el espíritu iconoclasta del joven Kant. Después, un poco tardía, vino, en la baja Edad Media, la influencia de Aristóteles quien fue conocido primeramente por los árabes (Averroes) y los judíos (Maimónides); y que, al conocerse en Occidente, por obra sobre todo de Siger de Brabante³⁹, no dejó de influir poderosamente

³⁹ Defensor del averroísmo latino.

en el la corriente peripatético-escolástica,
al frente de la cual se hallaban San Alberto Magno
y su preclaro discípulo: el aquinita.

c) En la modernidad. La duda metódica

Los métodos en filosofía
llevan la impronta de la duda.
Sufren de mareo,
no saben cómo guardar el equilibrio,
se hallan en la tierra movediza de la inseguridad.
La duda, levantada como estandarte,
lleva a buscar el talón de Aquiles del Dogma.
Es un relicario de preguntas viejas, inolvidables,
santas.
Puede ser funesta
cuando no se le cae el **no** de la boca

o cuando, convertida en sistemática y obsesiva,
parece un péndulo mejor un metrónomo
que, al moverse,
no sólo no se detiene en ningún punto
hurtándole a los rostros la forma de negar,
sino que se diría que está llevando el compás
de la marcha fúnebre
del menor rayo de luz.

Los escépticos vivían en monasterios
donde, en vez de la cruz,
tenían en un marco y con una veladora
signos de interrogación.

No sólo Pirrón de Elis fue un creyente
de la incapacidad de conocer,
también Carneades y Filón de Larisa
-miembros de la Academia nueva⁴⁰-

⁴⁰ La Academia de Platón se divide en tres épocas: la Academia platónica, la Academia media -cuyo representante más importante es Arcesilao- y la Academia nueva que se inclinó al escepticismo. Entre los escépticos de la antigüedad hay que mencionar también a Enesidemo, autor de unos *Discursos pirrónicos* muy leídos en su tiempo.

blandieron la bandera de la duda
que era blanca, pero no señal de la paz,
sino como símbolo de una materia gris claudicante,
decolorada,
venida orgullosamente a menos,
hasta ser el blasón de la ***docta ignorancia***⁴¹.

Pero la duda puede convertirse
en ***duda metódica***,
adquirir mayoría de edad
y servir de estrategia para dar con los rincones
donde gusta de esconderse la verdad.
Por eso desde el ***dubito ergo cogito*** de Cartesius
hasta el ***dubitandum est*** de Karl Marx ,
no puede haber pensamiento creador
que no tenga a la duda como líder.

⁴¹ El libro ***Acerca de la docta ignorancia*** es del renacentista Nicolás de Cusa. La frase del texto no aludea la filosofía del cusano sino al pirronismo extremo.

c.1 Más sobre Renato Descartes

Al esculpir Renato Descartes
 el dualismo psico-somático
 con el cincel del ***cogito***⁴²,
 y erguir un altar del tamaño del cosmos a la divinidad
 echando mano
 de la ***prueba ontológica*** de la existencia de Dios
 inspirado, como dije, en san Anselmo de Canterbury⁴³,
 arrojó a los pies y a la mente de los pensadores cristianos
 herederos de sus huellas
 el problema de problemas
 o la corona filosófica de espinas
 de cogitar las relaciones
 entre el alma y el cuerpo,

⁴² Del entimema ***dubito, ergo cogito, cogito ergo sum*** deriva Descartes la dualidad de la ***res cogitans*** y de la ***res extensa*** (o sea del alma y el cuerpo).

⁴³ Que podría formularse sintéticamente de este modo: La perfección, entre sus cualidades, tiene la de la existencia, Dios es perfecto, luego Dios existe. Kant critica esta “prueba” en la última parte de la primera Crítica.

dos sustancias en eterna
enemistad ontológica
-que vuelve juego pueril los resquemores
del agua y el aceite.

El propio Descartes
propuso una solución que,
jalada de los pelos,
aumentó el dolor de cabeza
de los pensadores.

Habló de que, al interior de los organismos,
pululaban ciertos *esprits animaux*
que, teniendo como propósito
generar los vínculos cotidianos
entre las dos realidades contrapuestas
(las cuales, dentro de los individuos,
se daban, reacias, la espalda
y ponían entre las dos al silencio

como frontera infranqueable)
conseguían supuestamente establecer
una estrecha y fraternal cooperación
entrambas.

La supuesta solución de Descartes
lejos de esclarecer las relaciones
ánimico-corporales, las complicaba
tornándolas más difíciles
-como un rompecabezas que tuviese
regadas sus piezas que lo integran
por los cinco continentes-
al duplicar la cuestión
a niveles nanométricos:
los ***esprits animaux*** eran, en efecto,
trozos de ***res cogitans***
amalgamados a pedazuelos de ***res extensa***
ya que sólo así podían servir de intermediarios,
traductores o puentes

entre la sustancia psíquica y la somática.

Mas entonces la respuesta al interrogante:

¿cómo se relacionan el cuerpo y el alma?,

no sólo no era satisfactoria

-porque se traían a escena una especie

de **homúnculos** de los que no se tenía noticia-,

sino generaba una nueva inquisición:

¿cómo se relaciona lo anímico de los **esprits animaux**

con lo corporal de ellos

y su no menos problemática viceversa?

Los filósofos cartesianos Malebranche y Geulincx

desdeñaron los **esprits animaux**

como una de las quimeras engendradas

por los delirios mercuriales del termómetro

y pretendieron hallar la fórmula

que explicaba la neblinosa acción recíproca

entre la carne y el espíritu

en la hipótesis del **ocasionalismo**.

Dios interviene -decían-
cada vez -o en cada **ocasión**- en que lo anímico
influye en el cuerpo
o en que lo corporal repercute en el alma.
La Divina Providencia está al cuidado
del ser humano
precisamente en el sentido
de armonizar la **res cogitans** y la **res extensa**
cuantas veces sea necesario.

El tránsito del **no ser**
de la interrelación psico-somática
al **ser** de la misma
-llevada a cabo por el Único
con el don de realizar tal prodigio-
puede ser discreta y continua como en Malebranche
o producto de un solo acto como en Leibniz.
Para Malebranche se trataba

de una ***creatio continua***,
de una intervención portentosa
de nunca acabar
manifestada en la infinidad de casos
en que lo pedía la ***ocasión***.

Gottfried Leibniz negó lo precedente
con el vendaval de un “***no, de ninguna manera***”
que deshizo los castillos en el aire de su colega
y con el mismo gesto con que
el dedo flamígero de la verdad
demuestra que el sofisma es inflamable
y no tiene escrúpulos en tornarlo
un poco de ceniza
que se inhibe y esconde los rescoldos
de su sentimiento
de culpa.

La ***creatio*** de la interrelación
-asentaba- no sea realiza

una y otra vez

como el relojero que ha de dar cuerda

a una maquinaria que tiene la tendencia

a desertar de lo eterno

de vez en vez,

sino que, como el *fiat lux*,

se produce en un solo acto:

en una *armonía preestablecida*.

Desde el momento en que Dios insufla

la *res cogitans* en la *res extensa*

y esboza una criatura,

ambas, del nacimiento a la muerte

-en que la fuga del alma

denuncia el carácter carcelario de la carne-

se hallan vinculadas

con un amoldamiento tan perfecto y exquisito

que la mano de Dios,

se desentiende en delante de su obra,

y se ocupa en desfacer

otros entuertos.

El portento de la ***armonía preestablecida***

no era una acción divina cualquiera

como la de los panes y los peces,

que era un milagro menor,

sino que, en la concepción leibniziana,

operaba como un milagro de tiempo completo,

un prodigio que, iniciado en el momento en que el semen

vencía las resistencias pudorosas del óvulo,

terminaba cuando, con el cuerpo,

fallecía lo que no podía ocultar su carácter

de cárcel de carne.

La discusión sobre las relaciones del cuerpo y el alma

subsiste hasta hoy

-su caldo de cultivo se halla en la fe

que introyectan los adultos en los niños

y en el temor que hinca sus espuelas
en el corazón de mujeres y de hombres-
y la retoman los misticismos
que crecen como hongos
en los invernaderos de la fantasía.

Pero si hacemos a un lado los supuestos de que parten

-la existencia de Dios y sus dos criaturas:

la naturaleza y los seres humanos-

y le solicitamos al materialismo filosófico

sus opiniones al respecto,

oímos que declara sin ambages

que ***el llamado espíritu***

es el producto de la materia

altamente organizada.

Cuando la ***res extensa*** se estructura

y organiza complejamente,

como una trabazón material tan intrincada

que puede dar a luz a su contrario

(la *res cogitans*) es decir,
cuando toma la forma de cuerpo humano,
con su cerebro,
su sistema nervioso central, etcétera,
se produce, no mecánica, sino de manera dialéctica
la vida espiritual y, a su lado,
el altar de todas las fantasmagorías,
que incluye la idea de un Dios que existe *en sí y por sí*
cuando -siendo feligreses del *ni modo-*
sabemos que no lo hay
-oh Ludwig Feuerbach-sino *en y por nosotros*.

d) Francis Bacon

Poco fue lo que añadieron
los pensadores de la modernidad

a la Lógica formal aristotélica,
poco, pero a veces importante, imprescindible.
Con anterioridad a Descartes
y su memorable acción
de sacar a la duda del cuarto oscuro del pirronismo
para volverla **duda metódica**,
Francis Bacon,
creador del nuevo empirismo,
enriqueció el pensamiento, la lógica, la investigación
con una nueva metodología
que toma cuerpo en su **Novum Organum**.
Se trata de la pugna contra los **idola** o falsos dioses
que son los obstáculos que impiden
el desarrollo de la ciencia
y el ir armando el cósmico rompecabezas
de la realidad en su conjunto.
Habla de cuatro tipos de **idola**:
los **idola tribu** que son prejuicios,

necesidades pretenciosas,
creencias que florecen en los tiestos hogareños
de las costumbres
y conductas prejuiciosas
ligadas, con la invisible liana venenosa
del control remoto,
a los intereses familiares,
de clase, de raza o de nación;
los *idola specus* que retoman
el mito platónico de la caverna.

Pero ahora de una gruta
que sienta sus reales en cada individuo
y en que priva la más densa oscuridad
-siendo el símil de ésta con la ignorancia,
lo únicamente claro
del tenebroso recinto.

Los pocos rayos de luz que penetran,
con la actitud solapada del intruso,

en dicho lugar,
lejos de aclararnos qué son los objetos
que merodean en la cueva,
alteran la información del mundo,
lo distorsionan todo,
dejan que el medio ambiente se atiborre
de fantasmas
y hacen que las apariencias de las cosas
que las cubren y esconden
las aplasten con su peso
al grado de impedirles decir esta boca es mía
y ponerse glotonamente a respirar;
los *idola fori* que aluden a las falacias que se engendran
en la plaza pública,
en el mercado,
en el comercio a mano armada,
en la guerra universal de los bolsillos
o en la *crematística* que denunció Aristóteles.

Aquí los engaños y las puterías
influyen en el lenguaje, y éste,
con la distorsión de las palabras
que cambalachean, con la mano en la cintura,
de sentido,
hacen de estos ídolos de la plaza
el peor obstáculo
que halla la cognición en su camino,
y los *idola theatri* que se refieren
a los momentos en que,
con un mamotreto en las piernas,
escogemos un asiento,
nos arrellanamos en la comodidad
y abrimos el libro y los ojos
a la lectura.

Es como si se elevara el telón
y apareciera ante nosotros una obra de teatro
con la que no sólo querríamos divertirnos

o apuñalar el tiempo y hacerlo pasar a mejor vida,
sino que nos empeñamos en saber,
o llenar el firmamento de nuestro
real saber y entender
con el mayor número posible de estrellas.
Estos *ídola* aluden a las ideologías,
los sistemas filosóficos tradicionales
y sus falsas demostraciones,
hacen referencia a las tesis
sofísticas,
a las falsamente empíricas
-con sus apresuradas y erróneas
generalizaciones-
y a las basadas en la superstición
y el mazazo-en-la-nuca del dogma.
Bacon, materialista, no deja títere con cabeza
y, con el afilado estilete de su crítica,
no perdona la vida

ni a Pitágoras, ni a Platón,
ni a Aristóteles,
para no hablar de los filósofos católicos medievales
que, tras de su lectura,
como dirá Hegel,
nos dejan la imaginación “mareada de ángeles”.

e) El reinado de la lógica formal

Las vicisitudes
del **método filosófico** y de la **lógica**
que Lucrecio
-apasionado de la historia
y su galería de cambios-
me anima a continuar,

advierto que, tras de Galileo
y su *Sidereus Nuncios*⁴⁴,
después de Bacon
y su crítica a los ***idola***,
tiene una relevancia indiscutible
Cartesius y su célebre ***entimema***
-un silogismo acurrucado en una nuez-
por medio del cual, como es sabido,
pretende arrancar
del ***dubito*** el ***ergo sum***,
en vez de extraer del ***sum*** el ***ergo dubito***,
como afirmarían los materialistas.

Pero, a partir de ahí, se nos devela
que en el iluminismo
los avances o aportaciones
a la lógica formal son pocas
y de escasa importancia.

⁴⁴ *Mensajero de los astros*, obra crucial del gran astrónomo.

Aristóteles durante siglos se robó la escena
y no pocos pensaban que en este tema
él dijo las primeras palabras
y monopolizó las últimas.

Pero hay excepciones
y la regla se ve obligada
a disfrazar su vulnerado orgullo
insistiendo que hay una “mayoría” de casos
que cobija su extensión
y que si es preciso demostrarlo
él las congrega con su silbido.

Pero sólo es una mayoría no una totalidad.

f) La Lógica de Port Royal

Una de estas excepciones

es la **Lógica** de Port Royal,

cuyo nombre es

La logique, ou art de penser...

escrita por Antoine Arnauld y Pierre Nicole

y con la probable colaboración

del gran Blaise Pascal.

Pese a que a la espalda de este “arte de pensar”

estaba el ojeroso misticismo

de Cornelio Jansenio, autor del ***Agustinus***,

quien ponía su aullar desenfrenado

en los peñascos resbalosos del delirio,

la ***Logique***, que pretendía

ser un taller de reparaciones de la lógica tradicional,

en el sentido de la línea filosófica que va

de Platón a Descartes pasando por San Agustín

-y que soñaba con dejar al ***estagirita***

y a la filosofía peripatético-escolástica

silbando su propia marcha fúnebre en la loma-,
aportó muy poco a la ductilidad
de este instrumental cognoscitivo,
pero ciertas precisiones,
ajustes y esclarecimientos
le dieron a la lógica formal
el pequeño puñado de quilates
de un mayor prestigio.

Durante muchos lustros la lógica formal,
ausente de renovación
y con olor a cosa rancia,
continuó su existencia, respirando con regularidad,
pero haciéndolo sólo para envejecer
y con el peligro de ser ubicada en todo o en parte
en un museo plagado de telarañas y polvo analfabeto.

g) Los *Principia Matemática* y la lógica matemática

Pero, ya entrado el siglo veinte⁴⁵

dos filósofos ingleses Russell y Whitehead⁴⁶

publicaron su *Principia Mathematica*⁴⁷

que es un parteaguas en el tema que traemos
entre manos.

Incitados por el lógico Frege,

los autores pretenden hallar los fundamentos

de las matemáticas desarrolladas hasta el momento

y creen encontrarlos en los *axiomas*

claros y distintos,

con el sagrado corazón de la verdad

en el pecho,

aprehendidos no mediante un razonamiento

sino por una intuición

⁴⁵ entre 1910 y 1913.

⁴⁶ Alfred North Whitehead (1861-1947). Bertrand Russell (1872-1970).

⁴⁷ El título del texto reproduce el nombre de la obra clásica de Newton: *Philosophiae naturalis Principia matemática* de 1687.

o los ojos descarnados de la mente
axiomas de los que, tras de Euclides, hablaron,
entre otros, Descartes y los autores
de la Lógica de los jansenistas.

¿Y qué novedad había en ello?

La de que cayeron en cuenta,
y proclamaron a los cuatro vientos
su descubrimiento,
de que la lógica
y su armazón estructural
es el basamento de las matemáticas.

Los axiomas aparecían como simientes
de cuyas entrañas se podía sacar a flote,
inferir,

derivar,

no sólo el **organon** imprescindible
para no dar el brazo a torcer
frente a los sofismas,

sino el árbol multi-florido de las matemáticas,
árbol que daba rosas, margaritas, azucenas,
heliotropos, alelíos y un sinfín de nuevas posibilidades
y de perfumes inéditos,
todo un jardín reunido en un único árbol
de comprobaciones y verdades
y el lucimiento de la geometría sensual
de los teoremas.

Los teoremas comprobados
-todos reciben la voz de mando de la lógica
de llevarse a su comprobación-
saltan a ser frutos o verdades matemáticas,
los que no,
tienen su lugarcito en la hojarasca.

De aquí nació la idea de una ***lógica matemática***.

No de un lógica, como la aristotélica,
la de Por Royal y tantas de la misma estirpe,

al margen de las matemáticas,
ni unas matemáticas que continuasen ignorando
sus genes familiares con la lógica,
sino de una lógica que,
al contraer amasiato con las matemáticas,
permitiera coadyuvar a la consolidación
de las inteligencias artificiales,
la cibernética y los ordenadores.
La lógica matemática no deja de ser
una lógica formal,
al menos en su esencia.
Es, sí, la forma superior de esta lógica.
Pero algo le falta.

h) La lógica dialéctica

Antes de que se fraguase la lógica de marras
había aparecido otra lógica: la ***dialéctica***.

Y mi numen me reta a que vuelva los ojos
a su origen y carácter.

No se trata ya de la dialéctica de los sofistas
o de Platón,

sino de una que se incubaba en Kant,

se esquematiza en Fichte y Shelling

y madura en Hegel,

concretamente en su obra de juventud

Ciencia de la lógica.

i) El método trascendental de Kant

Detengámonos un momento en esta

definición kantiana del *método trascendental*

*o crítico: “Antes de conocer, y para conocer,
se precisa examinar el instrumento con que se conoce”.*

Ya no se trata de la *duda metódica*

y su cabriola argumentativa para dar

con la certidumbre de la existencia,

sino de hacer a un lado todos

los supuestos conocimientos de la tradición

-sobre todo los *metafísicos*:

acerca de Dios, el alma y el universo-

que han sido realizados sin tomarse el cuidado

de examinar la herramienta que nos sirve para conocer,

y cuya subestimación u olvido acarrea la amenaza

de ignorar la influencia probablemente esencial

que posee en lo que se pretende conocer

o se da por conocido. Si

no caemos en cuenta

que un telescopio

enfocado al estudio de un cuerpo sideral,

es de poca potencia,
está miope,
sufre de telarañas en sus cristales,
la idea que nos hagamos de él
será tan raquítica,
tan limitada,
como cualquier error que más se tarda en saludarnos
que en despedirse.

Para Kant el conocimiento tiene carácter instrumental,
de medio de producción,
de serrucho, máquina de vapor
o pluma de ganso.

Antes de conocer, y para hacerlo,
hay que estudiar con la lupa del análisis
cómo es nuestra capacidad cognoscitiva,
qué alcance y características tiene,
en qué medida puede aprehender la cosa,
devorársela,

desvirgarla si se deja,
o en qué grado puede deformarla
e impedirnos su asimilación.
Kant y sus seguidores neokantianos⁴⁸
ponen la epistemología o gnoseología
en primer plano
como un preludio de fanfarrias y timbales
anunciando lo que cabe
en la camisa de fuerza de la verdad.
La teoría del conocimiento kantiana
es una suerte de preámbulo
o una **Obertura trágica** como la de Brahms
a una ópera inexistente
porque... ¡Kant es un agnóstico!
y afirma con toda contundencia
que aunque el **noúmeno** o **cosa en sí**
existe fuera de nosotros
es, ay, incognoscible.

⁴⁸ Escuelas de Marburgo y Baden.

Como su afán criteriológico
terminó por ser negativo
convirtiéndose en algo así
como una **teoría del desconocimiento**.
él, en su segunda **Crítica**⁴⁹
tornó a desplegar las alas de cera de la fe⁵⁰
que, en uno de los primeros cumpleaños
de su inocencia,
obsequióle su familia
para acceder a la galaxia
de su metafísica.
Y ante la decepción de sus epígonos,
condujo su aventura espiritual
a ahogarse en el “agua bendita”
del prejuicio.

⁴⁹ La **Crítica de la razón práctica**.

⁵⁰ La religión pietista.

4.Ética y axiología

Arriba nuestro
no sólo hay nubes y cúmulos,
helicópteros que sacan a pasear al ruido
y vientos malhumorados,
sino “galaxias de valores”
que, desplegando la materia prima de la ética,
no se cansan de arrojarnos
una llovizna de imperativos
o prohibiciones
que ponen frenos o acicates a nuestra conducta.
La ciencia que los estudia
ha recibido el nombre de **axiología**⁵¹
y es relativamente moderna.
Sus creadores fueron
Rudolph Hermann Lotze, en el siglo XIX,
y, ya en el siglo XX,

⁵¹ De axios, lo que se aprecia, logos, tratado.

los discípulos de Edmundo Husserl⁵²
 y, por consiguiente, seguidores
 del método fenomenológico y de la *epojé*⁵³:
 Nicolai Hartmann y Max Sheler.

Lotze sostuvo la peregrina idea
 de que los valores -lo bello, lo justo, lo santo-
 no caben en la *ontología*⁵⁴
 ya que, más que ser, *valen*
 o, dicho de otra forma,
 que su manera de estar en el mundo
 se deriva del aprecio que se les rinde.
 Esto me parece, Lucrecio, un atentado
 contra el concepto de ser,
 que alude a todo cuanto existe,
 con independencia de su *status*, carácter

⁵² Autor, entre otras obras, de **Investigaciones Lógicas, Ideas I Surgimiento de la fenomenología trascendental y Meditaciones Cartesianas.**

⁵³ que consiste en poner entre paréntesis la problemática de la preeminencia de lo material sobre lo espiritual o viceversa, para realizar las descripciones y la reducción eidética que exige este método.

⁵⁴ Teoría que abarca al ser en su conjunto o, si se prefiere, a todo tipo de ser posible.

o “lugar de residencia” al interior del todo.

En la teoría de los valores
hay dos maneras antagónicas
de interpretar la naturaleza
de los mismos: objetiva y subjetiva.

La primera afirma que ellos,
por existir en sí y por sí,
tienen un carácter universal y necesario,
que rige para todos y que,
como las ideas platónicas,
escapa a las mordeduras y zarpazos
del espacio y el tiempo.

Si hay alguien que no les tenga estimación,
piensan los *objetivistas*,
no es “culpa” del valor sino del sujeto;
se podría decir que padece de ceguera estimativa
o que tiene cataratas en la intuición,

es decir en los ojos no de carne
sino del espíritu⁵⁵.

La belleza, la justicia, la verdad, la honradez, etcétera
han estado siempre en una especie de

Topos Uranos axiológico

y deben continuar estándolo.

Los *subjetivistas*⁵⁶ consideran esta interpretación

como escandalosamente idealista,

como el parecer de individuos que sufren

del trastorno cerebral de un espiritualismo extremo

que debe ser combatido

no en un debate

o en la esgrima conceptual de la polémica

sino en el plexo de terapias eficaces

de una casa de salud.

⁵⁵ Existen dos tipos de intuición: la intuición racional y la irracional. La primera alude a la aprehensión que tiene el intelecto de la realidad y la segunda, por ejemplo la bergsoniana, que pretende captar la cosa a través de otras supuestas facultades del individuo como es la emoción o la inspiración.

⁵⁶ Dos importantes subjetivistas en el terreno de la axiología son los filósofos austríacos Christian Ehrenfels (1853-1920) y Alexis Meinong (1859-1932).

Yo opino, Lucrecio,
que ambas posiciones pecan de extremismo
y son unilaterales
-las dos se imaginan que el mejor de los aceites
se hallan lubricándoles las neuronas-
pero mi persona, tomando la avenida de “el justo medio”
de la colonia Aristóteles,
ha arribado al convencimiento
de que, en cierto sentido, al par de interpretaciones
les asiste la razón
aunque de diferente forma
y en distintos niveles.

Los *objetivistas* yerran, desde luego,
en creer que los valores existen de por sí,
que no son criaturas de la capacidad creativa
del ser humano;
pero están en lo cierto
cuando aseveran que ***todos*** los individuos,

pueblos, civilizaciones,
en el lugar y el tiempo que sea,
tienen la capacidad de concibir lo hermoso, lo bueno,
lo justo, lo verdadero, etcétera
-sin que ninguno de esos valores,
como la necesidad de tañer el espíritu
o pisarle los talones a la esperanza-,
dejen de formar parte de su vida,
o sea que para ellos
tales o cuales obras o quehaceres o bienes
están revestidos de las galanuras
de lo apreciable.

Pero en lo que difieren o pueden diferir
de sus enemigos los *subjetivistas*
es en la “encarnación” de esos valores,
en lo que da en llamarse el **gusto**
(si se trata de lo literario)
o el “paladar” que escoge ciertos “manjares”,

les improvisa un altar

y les rinde pleitesía.

A dos personas, verbigracia, le fascina

la pintura

-cuya función es curar la ceguera

del que goza y presume de su vista-

pero mientras a una le complace más

Murillo o Boucher

que el gran Rembrandt, a la otra,

amante de la obra de éste,

le parece tal cosa un soberano dislate;

a otro le complace

el “arte de números concordés” como definía

fray Luis de León a la música,

pero a una le entusiasman Schubert y Fauré

y a otra la melcocha envuelta en papel pautado

de José Alfredo Jiménez,

y ambos sujetos,

aunque tengan en común la belleza como valor,
se contraponen o pueden contraponerse
y estar a las patadas en sus juicios estéticos.
Y entonces no es raro que busquen los epítetos
de filosa exactitud
para desacreditar a su opositor
y caer en la soberbia de presumir que su gusto
coincide cómodamente con lo bello
por antonomasia.

Los **subjetivistas** aciertan cuando ponen de relieve
que el gusto o la forma personal de estimar los valores
son históricos, cambiantes,
“poseídos” por el demonio del tiempo,
en una palabra, **relativos**⁵⁷.

Veamos el caso de la justicia.

El concepto de ésta

⁵⁷ Es decir que su aprecio surge de la **relación** que guardan con el sujeto y no de la esencia del valor en cuanto tal.

es común a todos las mujeres y los hombres,
a todos los pueblos, a todas las culturas,
en cualquier parte del mundo
y desde que apareció en la corteza terrestre
el ***homo sapiens sapiens***,
como arguyen los objetivistas;
mas esta idea de la justicia
no es, ni con mucho, la misma en todas partes.
No es igual en una era que en otra,
en el campo o en la ciudad,
para el poder o para los dominados,
para una clase o para otra.
Los esclavistas decían que el látigo,
bendecido por un ministro de la iglesia
y con el visto bueno de Dios,
era la forma serpentígera de la justicia.
Los empresarios que la exacción de plusvalía
con la cual tratan de encaminar sus bolsillos

a la tierra promisa de la obesidad,
son la cosa más justa del mundo,
como si la naturaleza o Dios
diere luz verde a su afán motorizado
de llegar a la gloria pecuniaria
por los caminos pavimentados
de la legalidad.

Pero el hecho incontrovertible
de que los valores no sean objetivos
y válidos universalmente,
y que tanto escozor produce
en los pies de barro del idealismo,
no significa que, como producto
de relaciones sociales específicas,
no se formen preferencias sociales,
consensos,
expresiones de un subjetivismo colectivo.

La axiología moderna
considera los valores
de manera *bipolar y jerarquizada*.

La *contradictio*, que se desvive por ser ubicua,
por tutearse con la totalidad,
se inmiscuye en todas partes,
incluyendo las fiestas donde no aparece su nombre
en la lista de los invitados.

De ahí que algunos axiólogos,
después de enumerar los valores,
sienten un extraño escozor en la lengua
-un poco de saliva rebelde
que dice boca adentro su palabra-
que los obliga a reconocer
que a cada valor positivo
corresponde un anti-valor:
a lo justo lo injusto,
a la honestidad la corrupción,

a lo bueno lo malo,
a lo hermoso lo feo.

Los **objetivistas** dicen que esta antítesis
es universal, necesaria, obligatoria.

Y cuando lo hacen están en buenos términos
con lo cierto.

Cuando se habla en general,
en el nivel que nos dice
que las personas, las culturas, los pueblos
vislumbran siempre
junto a un valor que se exalta
un anti-valor que se desdeña,
dichos *objetivistas atisban* de nuevo la razón,
saben aletear con maestría
en la estratósfera de las abstracciones,
como un Ícaro sin alas de cera. Pero...
Pero más la tienen quienes afirman
que si, como vimos, las *encarnaciones* de los valores

son *subjetivas*,
sus anti-valores encarnados
no escapan a las fauces del relativismo.
Lo que es injusto para una civilización,
no lo es para otra
-por más que la primera se arranque los cabellos
por el coraje que produce la antinomia-
lo que es feo para un grupo social
está lejos de indignar a otro.
Los *subjetivistas* tienen, en verdad,
un pacto de sangre con la historia.

Con la jerarquía de los valores
ocurre otro tanto.
Toda civilización,
como todo individuo,
jerarquiza o puede jerarquizar
de modo muy suyo.

En la afirmación de que no todos los valores son equivalentes o se hallan colocados en el mismo nivel como pájaros que se alinean en la misma rama, sino que unos tienen mayor rango que otros -como el bien supremo de Platón que es algo así como un *pastor de ideas*- vuelve a acertar el *objetivismo* al poner de relieve que en todo individuo, como en toda sociedad, hay una jerarquía de valores.

Pero en donde falla, como siempre, es en el supuesto de que esa jerarquización existe tan en sí y por sí como existen para ellos los valores.

En realidad tanto los regímenes sociales como los individuos generan sus propias jerarquizaciones:

cada persona no sólo posee
su “mundo individual de valores”,
sino una manera especial de ponderarlos.
Y este modo de hacerlo, lo convierte en veces
en promotor,
corifeo
de un punto de vista del que se considera
feligrés y hasta cruzado.
Hay quien piensa que su vocación
-que lo hará militante de un entusiasmo-
lo trae en el testamento celular
de su código genético
o se le empieza a gestar con las primeras
bocanadas de oxígeno.
Algunos creen llevar
a mitad de la frente
-tatuaje invisible que norma su conducta-
el valor de la justicia,

otros el de la santidad,
o de la belleza,
o del dinero,
o de la filantropía.

No niegan otros valores, pero los relegan
al papel de secundarios
que se guardan en la bolsa de atrás,
y hasta prescindibles
como aquello que se aproxima a los suburbios
del corazón, pero ignora
la llave de saliva del *santo y seña*
para entrar al recinto palpitante
de los magnos aprecio.

Y lo mismo con los grandes períodos históricos.
Si el bien supremo para los griegos
era, en general, la **eudemonía**⁵⁸,
la lucha a brazo partido por robar a los dioses

⁵⁸ La búsqueda de la felicidad.

el fuego de la ventura
o por hacer una ecuación de igualdad
entre existencia y dicha,
para la Edad Media,
con el carácter teocrático que la caracteriza,
el bien superior indiscutible era la religión revelada.
Se asentaba, recordemos, que la filosofía de entonces
era *ancilar* a la teología,
queriendo decir que estaba subordinada a ella,
como el mayordomo que comete el crimen
de obedecer, sumiso, a su amo.
Si mal no recuerdo, la palabra ancilar
se aplicaba de común a la relación existente
entre el señor feudal y el siervo de la gleba.
La filosofía era, pues, sierva de la teología.
Si, haciendo oídos sordos a la gritería del dogma,
alguien atreviase a filosofar libremente,
aunque cometiera con ello un pecado,

pronto advertía que, a la vuelta de un argumento,
se hallaban el Santo Oficio con los “brillantes”
sofismas del fuego, blandidos
para ganar todo debate.

y la amenaza de ser arrojados al Erebo
a impartir su cátedra
a los demonios..

Si el bien superior para los griegos es la felicidad
y para el Medioevo la **religio** revelada,
para el Renacimiento y el iluminismo
es la Diosa Razón.

Pero no se trata de una racionalidad pura,
sin condicionamientos,
sin compromisos con un ser social
que pasa de la fase manufacturera del capitalismo
a su etapa maquinista.

No se le ha vacunado contra las infecciones

ideológicas⁵⁹.

Es una racionalidad, sí, pero burguesa.

El nombre de ***axiología***

es relativamente moderno,

pero su materia ya existía en la antigüedad,

cabalgando en otros nombres,

con una finura y una penetración

sorprendentes⁶⁰.

Para los tres grandes filósofos griegos

Sócrates, Platón y Aristóteles⁶¹

el bien supremo no era otro que la ***eudemonía***

o la felicidad.

Los tres opinaban que los pies

no sólo deberían pasear por la plaza pública,

⁵⁹ Ideología no en el sentido de Destutt de Tracy, sino de Marx o sea como falsa conciencia.

⁶⁰ Pasa otro tanto con el término ***estética***, propuesto por Baumgarten, un discípulo de Leibniz. En Grecia los pensadores hablaron innumerables veces de la “ciencia de la belleza” pero sin darle este nombre.

⁶¹ que guardaban entre sí la relación de maestro-alumno, como en el caso de Tales, Anaximandro y Anaxímenes.

subir las escaleras,
caminar por el campo,
asistir a una reunión para discutir
el envés y el revés de las cosas
o salir en busca de un buen vaso de vino,
sino, sobre todo, en prelación definitiva,
debían encaminarse a la felicidad.

Sin embargo, cuando hablaban de la felicidad
y la nombraban consejera principal
de su peregrinaje,
no entendían exactamente lo mismo
al hablar de ese valor.

Por felicidad no entendían el hallarse de buen humor,
el contento de los sentidos
o la mera ausencia de malestar.

Sócrates y Platón⁶² identificaban la felicidad
con la virtud y la sabiduría.

A Sócrates se le atribuye el aforismo:

⁶² o el Platón socrático de los primeros diálogos.

***“No hay persona que sabiendo
que puede hacer algo mejor,
lo haga peor”.***

Para Platón el Bien es lo valioso por excelencia,
el imán que hace una redada de corazones
y norma la conducta de las almas.

Tan es así que algunos de sus intérpretes
han creído que en las entretelas de este concepto
se halla la idea del Altísimo.

Recordemos que para el autor de los Diálogos
la realidad se encuentra dividida en dos mundos
no sólo diferentes

-como un par de individuos

que viven en el mismo lugar sin conocerse
ni intercambiar palomas mensajeras-, sino
contrapuestos: el mundo de las ideas y el
de los objetos sensibles.

Las primeras nunca han oído hablar del tiempo

y los vocablos *cuna* y *sepulcro* les dejan la impresión
de demenciales erratas que brotan
de quién sabe qué lenguas ignorantes.

Las cosas, en cambio, están todas ellas
condenadas a muerte. Si respiran
es para fingir existencia
en el mundo de lo aparente.

Así como Apolo es el comandante en jefe de las musas,
el Bien, para Platón,
es el principio indiscutible de las ideas.

4. 1 El hedonismo

Si la vida es corta
y el dolor es un intruso que,
sin tocar la puerta,
se introduce subrepticamente en nuestro hogar
y se aposenta en todos los cuartos,
muebles y lechos
de nuestra privacidad,
hay que echarle la descarga de colmillos
de nuestras mascotas guardianes.
Una vez eliminado el sufrimiento
-lo cual es ya una **aponía**
es decir el *placer que deja el dolor al retirarse*
que corre a ocupar el lugar,
los centímetros,
el locus,
que el dolor se ve obligado a dejar.
Pero no basta ese dolor pasivo
-el gozar las exequias del sufrimiento-
sino que es necesario sembrar, regar y cosechar
los grandes placeres.

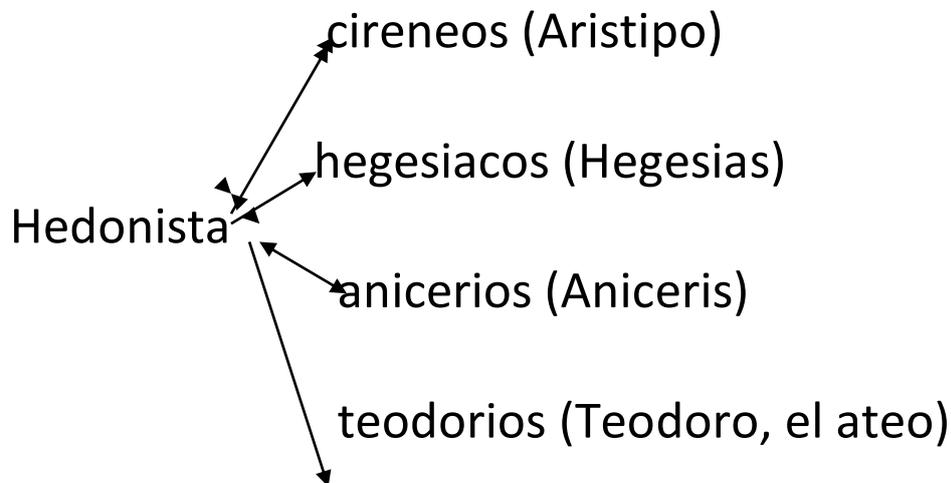
Los Cireneos, además de los inusitados altares
que levantaron al paladar,
estudiaban con fruición
los escritos de Hipócrates
sobre el estómago,
la “parte más sagrada del cuerpo humano”

-como decían Aristipo y Hegesias-
para que la relación entre este órgano
con las viandas y el vino tinto

fueran tan armoniosas
como la música de las esferas
que los pitagóricos atribuían a los astros
-aunque inaudibles para nosotros
los gusanos-
y que tenían de fondo, explicación o base
la música de sus neuronas.

Para estos hedonistas
nada mejor que empinar el codo
con un vino añejo,
perdido en la oscuridad de los siglos
y que no podría ser sino un néctar
de alguna de las cosechas del Olimpo,
placer sólo igualado por los dioses o diosas
que descubren el arte de las caricias
y la ciencia del acoplamiento,
por el de alguno de ellos
que se saca en la lotería astral
la mitad del cielo
o por el que se hace del derecho de pernada
con Afrodita.

Por algún mamotreto me he enterado
que las corrientes esenciales
de estos amantes del placer eran:



A diferencia de Platón y los estoicos que estaban a las patadas con su cuerpo, al que querían mudo, invidente, con algodones de silencio en las orejas, algo así como una bestia domesticada o mascota del espíritu, los hedonistas trataban al suyo como un dios ganado por la carne y el quíntuple balar de sus deseos. Deseos que había de satisfacer del modo más placentero. No dejarlos silbando en la loma el hilo deshilachado de su nudo en la garganta, NO. No dejarlos.

4.2 Los cínicos

Y le llegó la hora a los perros.
A fuerza de rugir y de ladrar
como Dios manda,
ocuparon el sitio que les reservaba la historia
en la filosofía griega.
No se trataba, obvio es,
de los que aúllan cuando el dolor
se acerca a preguntarles
por el sentido de la vida
o los que mueven la cola cuando su cazuela
-como péndulo que mide el tiempo
en que el animal tiene electrizadas
las entrañas-
se torna un pequeño cuerno de abundancia
por la generosidad de otro animal:
el que tiene en la jaqueca su diferencia
específica con los otros animales.

Fundador de la escuela de los cínicos¹
que florece a la mitad del siglo IV A.C.,
fue Antístenes de Atenas,
antiguo discípulo de Sócrates
que fue uno de los individuos

¹ El nombre viene de Kínikos, adjetivo (perrunos) y kion, perro.

que lo acompañaron cuando Sócrates,
con la serenidad mesando sus cabellos,
murió en la cruz de la cicuta
después de haber descubierto
entre las líneas de la palma de su mano
el viacrucis de su decisión.

Antístenes enseñaba en el *Gimnasio Cinosargo*²,
escuela que lleva el nombre del lugar
donde se impartían sus enseñanzas
como en la *Stoa* (o Pórtico) de los estoicos
o el *Jardín* del epicureísmo.

Les llamaban *perros* como insulto
como el que ve desde la atalaya de la vanidad
a criaturas deficitarias
que, al estar ladre que te ladre
en vez d saborear un lenguaje articulado,
hacen evidente que esconden en la cabeza
en lugar de una materia gris
que huye de los negro para dar con lo blanco,
una materia informe
de amalgamada estulticia
que no tiene pies para cruzar
ni el abc de las más simple
inteligencia humana.

Se dice -y la anécdota
no deja de despedir un tufillo
de cosa sorprendente e increíble

² De Kyon, perro y Argos, ágil o blanco.

(como si, supiéramos de repente que Aristóteles,
en sus ratos de ocio,
fuera salteador de caminos
o convertido en sátiro, violador de doncellas
que discurren por oscuros vericuetos
tan sólo acompañadas por su descuido
e imprudencia),
que Diógenes, en su tierra natal,
y en compañía de su padre,
se dedicó,
en las catacumbas de la clandestinidad,
a falsificar moneda,
introduciendo en la circulación
dinero mentiroso
o sofismas de metal amonedado.

Se dice que los historiadores
han dado, para que no haya dudas
de esta actividad del joven Diógenes,
con dos o tres monedas
que muestran -en un hoyo o una estría
que fingen sin lograrlo
hallarse en los suburbios de lo invisible-
los defectos de la hechura
y la marca ignominiosa de su origen.

Esta historia, tan extraña
que le pisa los talones al escándalo,
es susceptible de dos interpretaciones
antitéticas.

La primera es que Diógenes el Cínico
y su progenitor
fueran en esta etapa de sus vidas,
simples forajidos o vulgares ladronzuelos
que cargaban en el lóbulo central
de su proyecto de vida,
ideales andrajosos
valores malolientes,
ambiciones despreciables.

La segunda, más acorde con la idea
que tenemos del discípulo de Antístenes,
que su falsificación de monedas
era un primer acto desdeñoso,
de repudio y rebeldía
y en la misma tesitura de un manotazo,
contra el poder, sus leyes
y sus instituciones.

Sea lo que fuere, nuestro filósofo
se vio en la necesidad de poner los pies en polvorosa
y huir a Atenas
donde ingresó al *Gimnasio de Cinosargo*
y se hizo discípulo
del discípulo de Sócrates
que ya mencioné,
donde aprendió la filosofía moral
que se enseñaba en ese sitio.

Como ya dije, Diógenes,
a diferencia de Antístenes,

estaba lejos de ser un teórico
y tener amores y amoríos
que casi dejaban sin respiración
a su tinta, su pluma y su cerebro.

Era un hombre de acción. Y qué acción.
Iba por las calles de Atenas
-de la Atenas que había sido
de Pericles, Anaxágoras, Sócrates,
los treinta tiranos, etcétera-
como un simple vagabundo,
un pequeño viento, vestido con harapos de polvo,
que se desliza por las calles
dando gritos o mordiéndose la lengua
prorrumpiendo tan sólo rojísimos fantasmas
de vocablos.
En insólita inversión de valores
veía la pobreza como virtud.

Aunque el frío y el calor del cuerpo
le pedían tener en su tinaja
un vestuario de andrajos
más frescos o más abrigadores
según el estado de ánimo del tiempo,
no tenía más que aquellos que lo cubrían
día y noche.
Tenía harapos que destejía la intemperie,
andaba descalzo, Lucrecio,
porque no quería
“herir a las piedras del camino”,
como mi abuelo,

ni ser recordado como el ejecutor
del primer holocausto de hormigas
que registra la historia;
pero el clima no le robaba la calma
ni paralizaba su lengua
con amarras de saliva reticente.
Le afligía pensar que podía en un segundo,
con ínfimas de fatalidad,
dejar sin vida, aplastado, a un animal cualquiera
que, diligente, se hallara buscando
el sentido de la vida.

Lo mismo en el día en que el sol
se nos viene encima
que en la noche que acaba
por engullir a la luna,
su profesión permanente no era otra
que, linterna en mano, buscar al “hombre”.

Sobre Diógenes dice más la leyenda
que la historia,
más el Pegaso de la fantasía
que el terrígeno potro
que galopa registrando los hechos
de lo real.

Y esta leyenda nos dice
que tenía un manto,
un zurrón (con mendrugos de apetito insatisfecho),
un báculo (para evitar pasos de Aquiles en falso)
y un solícito cuenco

cuyo encargo no era otro
que ir en pos, si la sed se despertaba,
de la fuente más próxima
y acarrear
-en metáfora tan húmeda como precisa-
lo que podría llamarse “jarabe de Morfeo”
que Diógenes tomaba en la justa dosis
para que la sed tornara,
dulcemente, a adormecerse.

Como si ascendieran por una escala,
los escándalos de Diógenes
se fueron haciendo más notorios
y comentados por las buenas conciencias
que entonces, como ahora,
ponían el grito en el cielo
al alcance del oído de dioses vindicativos.

La gente se escandalizaba
porque nuestro filósofo,
al pie de un monumento público,
se bajaba los pantalones
y sacaba a la intemperie
su ave del paraíso.
Después, a fuerza de caricias,
lo hacía parir un gorjeo aleteante
de rabiosa blancura.
El vulgo le preguntaba
¿Por qué haces lo que haces, Diógenes?
Y él, soslayando la pregunta,
argüía: “¡es tan fácil así satisfacer un deseo,

en cambio por más que frote mi vientre
no desaparece el hambre!”.

En los Juegos Ístmicos³
se conocieron Alejandro de Macedonia
y Diógenes de Sinope.
Alguien se acercó a la oreja
de Alejandro y, como locuaz arete, le dijo:
“Ese ser harapiento y descalzo
que tienes frente a ti
es el famoso Diógenes”.
Y simultáneamente alguien se aproximó
al oído de Diógenes y le soltó:
“Ese personaje lujosamente vestido
que te ve de arriba abajo
es el gran Alejandro, el de Macedonia,
hijo de Filipo”.

Y cada uno, mente adentro,
hojeó el breviario
de su curiosidad.

No mucho después Alejandro
prefirió visitar a Diógenes en su morada
-o séase en su tonel-
que asistir a una reunión de administradores
y financieros.
Se presentó intempestivamente ante el filósofo
el cual salió de su vivienda

³ Juegos panhelénicos en nombre de Poseidón. Tenían lugar en el Istmo de Corinto.

y se dispuso a intercambiar palabras
con el emperador.

Diógenes, no con los labios, sino con los ojos,
le preguntó: “¿quién eres?”

-las miradas saben lanzar interrogaciones
más precisas, veloces y arrogantes
que la boca, en que las letras,
al desnudarse de saliva,
se tornan medrosas y se les dificulta
dar la cara.

Alejandro, con la engolada voz que siempre
produce el poder, respondió:

“soy Alejandro, rey de Macedonia,
al que algunos llaman El Grande,
y pregunto a mi vez:

“y tú, buen hombre,
del que tanto he oído, quién eres?”.

“Soy un perro”, dijo Diógenes,
y dio un gruñido que hasta los astros en el cielo
y las piedras en la tierra
comprendieron que era una expresión
simbólica y satírica.

Un perro que sabe gruñir,
ladrar, morder y hacer filosofía.

(Con su gruñir,
como preámbulo al combate,

quería dar a entender
que sus colmillos

-la artillería pesada de su impulso-
estaban al servicio
de la virtud y la verdad,

y que la jauría de canes a la que pertenecía
ponía tal gruñir, sus ladridos y sus mordidas
-la escalada por la que ascendía
su cólera-
en manos del verdadero filosofar del hombre).

Alejandro, temeroso, retrocedió un tanto,
poniéndose a la distancia
en que la paz pudiese
conservar sus tres letras.

A raíz de lo sucedido,
uno de los confidentes del macedonio,
le sugirió:
“Cuéntame, mi señor,
¿qué te ha parecido este personaje estrafalario,
fuera de serie,
que vive en el manicomio de su propia demencia,
se cree filósofo
y dice que ha venido al mundo
“a introducir el veneno de la culpa
en la maldad”.

Alejandro, que no era de miras estrechas
y que tenía de maestro
nada menos que a Aristóteles,
respondió: “No sé. Su palabra
hace que en veces me sienta con el deseo
de arrojar mi corazón a la Roca Tarpeya
de la perplejidad.

No sé. Pero sí puedo decirte
que yo, si no fuese Alejandro Macedonio,
me gustaría ser Diógenes el Cínico.

En otra ocasión, cuando Alejandro se acercó
nuevamente a Diógenes,
que yacía en su tinaja, con intención de saludarlo,
dice la leyenda o la historia o un híbrido de ambas
que Diógenes, reconociéndolo, espetó:

“Quítate de ahí que me tapas el sol”.

Frase dicha, ojo con ello,
no a cualquier semejante,
sino a alguien que era el general en jefe
de todos los huracanes de la antigüedad.
¿Qué significa este desplante? ¿Qué símbolo
carga en las entrañas?
Creo, Lucrecio, que Diógenes está convencido
de que el poder fagocita libertades,
doblega arbitrios,
cercena ademanes
si y sólo sí el súbdito,
impelido por un corazón agusanado
tiende a arrastrarse por la tierra...

Diógenes, con su atrevida expresión,
con su desafío,
desmonta la estructura habitual
de los de arriba, sagrados e intocables,
y de los de abajo que, con la genuflexión.
tras de sufrir un feroz despojo de cielo,
que quedan auto-flagelándose con su obediencia.

Con el paso del tiempo,
en el alma de nuestro filósofo
hubo una lucha a muerte,
a expropiación de oxígeno,
a duelo de epitafios,
entre los tres compartimientos
del espíritu,
en que la **voluntad** dio un cuartelazo
y puso bajo su dominio
a la **inteligencia** y al **sentimiento**.
En esta nueva situación,
Diógenes no podía aceptar
que la muerte tomara decisiones
a espaldas de su libre arbitrio
y que, después de una ignominiosa conversación
entre la guadaña y el calendario,
segara su existencia,
mientras él estaría, pasivo,
con las manos cruzadas,
mirando, desde las galerías de su impotencia,
cómo la espada de Damocles
deshacía su cuerpo,
cómo se le arrebatava
el don inapreciable que sus padres le obsequiaran
tras una noche en la erótica montaña.

Es un decir que Diógenes es el único hombre
que registra la historia de la humanidad
que se puso fin a su existencia
aguantando la respiración,

convirtiendo, sí, las fosas nasales
deliberada,
terca,
desesperadamente
en dos tumbas del aliento,
y que cuando los pulmones,
el cuerpo en su conjunto,
las leyes de la biología,
y el destino, que hizo acto de presencia
con su acción inexorable a todo volumen,
intentaron que la vida volviera por sus fueros
y regara con nueva sangre la flor del pulso,
todo chocó con la granítica muralla
de su voluntad inquebrantable.
Es un decir.

4.3 La filósofa Hiparquia de Maronea

Hiparquia, filósofa cínica,
nació en Maronea⁴,
hija de una familia acomodada.
Dormía en colchones de blanca pluma
compartiendo su lecho con la comodidad y un legajo
de sueños apacibles que hojeaba cada noche
con reiterado júbilo.
Los padres la educaron dentro de las reglas
de la aristocracia esclavista a la que pertenecían.

⁴ Tracia. Nació en 346 A.C. y murió en 300 A.C.

Desde joven las abstracciones que vuelan,
junto con las moscas, las avispas y los colibríes
por el espacio, se le metieren a las sienas
e hicieron que su cabeza, oronda por su contenido,
viera con desdén a sus indolentes manos
refractarias a la práctica como son
los dedos enmohecidos o, si se prefiere,
los camposantos de abejas.

Mas en cierta ocasión, en uno de esos días
en que lo fortuito pide hospedaje
en un suceso clave de la existencia,
ella conoció a Crates de Tebas,
discípulo de Diógenes.

La pareja que formaron de inmediato
era un tanto estrafalaria y excepcional:
ella, de quince abriles, empapada de belleza
como si se hubiera duchado
con el chorro de luces de la aurora;
él, feo y cargando en hombros
una deformidad que, sin ser del otro mundo,
le introducía gránulos de amargura
en su autoestima.

Pero ella, embelesada por el discurso libertario
de los perros,
y la fe en pie de guerra de su amante,
le dio la espalda a su familia,
a los rutilantes valores de la nobleza
y decidió, tomada de la mano de Crates
-aunque él en un principio
trató de convencerla de no dar un paso

irreflexivo-
de seguir sus huellas, abrazar sus ideales
y casarse con él.

Hiparquia se fue a vivir con Crates a Tebas,
a compartir su modo de vida,
y a plegarse con gusto a la vida natural
de la calle.

Vivían ambos como vagabundos,
al lado de otros menesterosos,
vestían harapos de tristísima costura
que como una perezosa enredadera
no lograban cubrir toda la tapia de sus pieles.
Era un deber seguir los impulsos naturales
y ellos se convirtieron en feligreses de la pobreza
y la mendicidad..

Crates criticó el tonel de Diógenes,
no lo convencía vivir en el cubículo de la soledad
ya que, decía, “el hombre no es un caracol”.

Por eso dormían en comunidad
con otros de sus cofrades cínicos
o del pueblo en general.

Cuando alguien se enfermaba,
ella y él, se acostaban junto al enfermo
para proporcionarle calor
y si estaba herido ella no ponía reparos,
como un perro convencido de su vocación,
y le lamía las heridas.

Solía hacer el amor con Crates en plena luz del día
y en la calle,
ante el escándalo de la opinión pública

y de una sociedad corrupta
 que ocultaba en las cuatro paredes de la hipocresía
 la magna e imperecedera obra de su decadencia.
 Follaban, como dije, en las escaleras de un portal público
 o a los pies de la escultura de algún dios
 porque se basaban en lo que llamaban la *anaideia*⁵

Por todo lo anterior, a Hiparquia se le considera
 filósofa libertina, contestataria y feminista.
 Ella, como Crates, como Diógenes,
 como Metrocles, hermano de Hiparquia, son una lejana
 anticipación del idearium anarquista.

El tipo de vida de Hiparquia⁶
 no le impedía discutir con pensadores
 de otras corrientes filosóficas,
 presentarse en diversas plazas públicas,
 debatir con hedonistas, estoicos, epicureístas
 y ponerlos en apuros...

Se dice que escribió tres libros
 de indudable importancia que desgraciadamente
 se borraron en el disco duro de la posteridad.
 Teodoro el ateo -uno de los artífices
 de una de las sectas hedonistas contemporáneas
 de la pensadora-
 se burlaba de ella y, con la lengua
 dedicada a la danza procaz de la socarronería,
 le preguntó una tarde: “¿por qué

⁵ Ausencia del sentido del ridículo.

⁶ Sabemos de esta vida por Diógenes Laercio. Es de subrayar, sin embargo, que el historiador de la filosofía no le dedicó exclusivamente a ella un capítulo en su libro, sino que alude a nuestra filósofa en la sección del texto en que se refiere a Crates. No obstante es la única mujer filósofa que aparece en su libro.

en lugar de hacer lo que hacía
-erguir un alcázar de silogismos
e inventar arcabuces de argumentos-
no se dedicaba a las tareas propias de su sexo?
Él pensaba, con la concepción patriarcal
coronando sus prejuicios
y cargando, agazapada hasta los tuétanos, el dictat
de la costumbre,
que las mujeres deberían hallarse sumergida en sus tejidos,
cambiándole los pañales a sus obligaciones
y esperando con las piernas abiertas
que, llegando el esposo con la espada desenvainada,
huyeran temerosos los pudores,
los escrúpulos cerrarían los ojos
y zás empezaran a agruparse los mendrugos de niño
en el vientre fabricado por los dioses
para tal menester.

Ella respondió: “Tu, hombre de ciencia,
¿crees que he hecho mal en consagrar al estudio
el tiempo que, por mi sexo, debía de haber empleado
como tejedora? ¿por qué desdeñas mi inteligencia
y dejas sin una de sus guerreras a la filosofía?”

Ella tenía una sólida preparación: venía de las enseñanzas
de su hermano Metrocles, quien no sólo estudio
con Teofrasto en el Liceo, y la filosofía de Aristóteles
estaba lejos de serle desconocida,
sino que aprendió también de Crates
quien lo puso al tanto de a filosofía cínica en general
y de la vida, pensamiento y moral del gran Diógenes.

En cierta ocasión,

en un banquete organizado por Lisímaco,
que le gustaba verse rodeado de pensadores,
Teodoro volvió, casi en los mismos términos,
a la discusión que anteriormente
habían sostenido en la calle,
y le espetó: “Eres la que dejaste la tela y las lanzaderas?
Y ella, sin amilanarse,
sin sufrir el menor encogimiento de corazón,
contestó: “Yo soy, Teodoro, ¿te parece por ventura
que he mirado poco por mí en dar a las ciencias
el tiempo que había de gastar en la tela?
Ni amas a la filosofía ni entiendes a las mujeres,
por lo menos a las que empiezan a sacudirse la esclavitud
a la que ustedes nos han arrojado”
Al parecer la discusión fue subiendo de tono.
Las palabras dichas en sordina
se guardaron en la faltriquera de la decencia
y los gritos de ambos contendientes
atrajeron el silencio espectador de todos los
invitados que corrieron a rodear a la pareja
y presenciar un choque en que a Doroteo,
fuera de sí, le salió todo mal
porque arrancó trozos de la vestimenta
de la filósofa, mostrando, sin quererlo,
no sólo la belleza física de una mujer,
sino la hermosura espiritual
de una dama de convicciones,
en duelo contra los prejuicios,
que, desnuda o vestida,
ponía en entredicho la concepción señorial
dominante

Cuenta Clemente de Alejandría que los cínicos, a la muerte de su colega excepcional, y con el corazón enlutado, dieron arranque en Atenas a una fiesta anual llamada *Kinogamia*⁷, de la que se dicen dos cosas:

1. que representaba el día de la incorporación de la mujer al mundo de la filosofía en general y de la filosofía cínica en particular, y
2. que conmemoraba la unión de Crates e Hiparquía⁸.

Creo que ambas interpretaciones son, en realidad, coincidentes, ya que el día en que se unió Hiparquía a Crates⁹, fue el día de su despertar filosófico, la ocasión en que, rechazado el prejuicio que vuela en torno nuestro como las moscas o el colibrí motorizado que pasa arriba nuestro como si fuese un corazón latiendo en la atmosfera- de que el rol y la esencia de la mujer se circunscribía a las tareas del hogar, a ser el ángel custodio de la rueda y a la reproducción y cuidado de los infantes, con preceptos en la lengua y nalgadas en la mano, está lejos de mostrar las potencialidades

⁷ Término que puede traducirse como “nupcias de perros”.

⁸ Los historiadores antiguos fijaban más la atención en Crates que en Hiparquía. A Crates le llamaban “el abridor de puertas” y lo consideraban como el más importante representante de los filósofos de los cínicos, después y sólo después, de Diógenes de Sinope. Las feministas, en cambio, han hecho énfasis en la inolvidable figura de Hiparquía.

⁹ que no dejaba de tener una educación especial ya que había recibido lecciones de su hermano Metrocles, el cual había estudiado con Teofrasto en el Liceo y después con el propio Crates.

creativas de la mujer.

4.4 El epicureísmo

Epicuro, el principal promotor y guía de esta corriente, nació en Atenas¹⁰, donde pasó su infancia y adolescencia, respirando a todo pulmón el aroma cultural que había dejado por esos rumbos el siglo de oro de Pericles.

Fue educado en Samos¹¹, el lugar donde Pitágoras no sólo contempló por vez primera, la forma en que, tras de sumergir sus manos en el agua, escurrían de sus dedos un reguero de números... en cantidad suficiente para levantar una torre, retacar de alimentos su catalejo y medir el alcance de las miradas, sino también cómo arrancar del oxígeno, al respirar, las figuras elementales de la geometría.

Cuando los atenienses fueron expulsados de la isla, Epicuro, de 14 años, se refugió en Teos

¹⁰ Según Diógenes Laercio vio la luz en Gargetto, Atenas. Sus fechas de nacimiento y muerte son 342-270 A.C.

¹¹ Isla septentrional del Mar Egeo.

donde, al parecer,
conoció la obra de Demócrito
a través del atomista Nausifanes,
discípulo del filósofo de Abdera,
como éste lo fue de Leucipo de Mileto.

Epicuro empezó a ejercer su amor por la sabiduría
a los 14 años, lo que me mueve a decir
que se hizo al aire antes de tener alas,
o casi,
bajo las severas instrucciones
de la precocidad.

A los 18 años volvió a Atenas,
en donde, para sobrevivir, fue inicialmente
maestro de escuela,
repartidor de auroras.
Su fácil palabra y la nitidez de su pensamiento,
además de conocer por el revés y el envés
las abstracciones,
vinieron en su ayuda;
sus escolares no escatimaban elogios
que, independientemente de su estatura,
lo empezaron a engrandecer
hasta hacerlo visible a todos los vecinos
y otorgarle la celebridad
-ese feliz y gregario antónimo de anonimato-
que impidió que en sus sienes hubiera un solo milímetro
sin su hojuela de laurel.

Pero la envidia,

esa tristeza podrida por el bien ajeno,
ese vaciar mentalmente botes y más botes de basura
en la cabeza de la víctima,
hizo acto, ay, de presencia.

El viento de Atenas, como el de otros lugares
del universo mundo,
arrasa con todo que descubre a su paso:
polvo, hojarasca, voces.
Cuando lo que se lleva son letras putrefactas
que surgen de lenguas viperinas,
y que son arrojadas a los huesos
-martillo, yunque, estribo, credulidad-
de oídos incautos que dan la bienvenida,
nace la calumnia.

Se decía que lo traían loco
los placeres de la carne
-vista de lejos o de cerca,
palpada, siendo la ambrosía de las yemas dactilares,
o vuelta altar
de un gusto y un olfato hincados de rodillas-.
Los enemigos no dejaban, sin embargo,
de reconocer a regañadientes
que esos goces que paladeaban las curvas
de lo escabroso- rivalizaban
con su amor por los libros, las palabras, lo escondido
debajo de las piedras,
los cual le respondía plenamente
no enconchando sus oraciones
en la penumbra hostil de lo ininteligible

sino abriéndose de letras, sin remilgos,
con la mano en la cintura.

Sus maledicentes decían que prostituyó
a una de sus familiares,
que la obscenidad era una invitada permanente
a sus fiestas y reuniones.

Que él se servía de una meretriz
que era su maestra de concupiscencias
y de ciencias eróticas ocultas.

Incluso llegaron a decir que se arrogó
-en un plagio a mano armada-
los escritos de Demócrito sobre los átomos
y los de Aristipo sobre el placer.
Fue el colmo.

Se mencionaba un pasaje francamente hedonista
de una obra de juventud, llamada ***El fin***,
que decía:

“Yo ciertamente no tengo cosa alguna por buena,
excepto la suavidad de los licores,
los deleites de Venus,
las dulzuras que percibe el oído
y las bellezas que goza la vista”.

Pero todo es una falsedad,
prendida de alfileres al imprudente asentimiento
de individuos que no tienen los oídos bajo llave.
Un verdadero infundio o, al menos
-la indulgencia nos corta las alas-
una expresión en que los enemigos se fueron de boca

forzando a sus palabras
al mendaz alpinismo de las exageraciones,
pues hay muchos datos incontrovertibles,
muchos, que,
al decir de Diógenes Laercio,
“atestiguan la ecuanimidad de este varón”.

La semilla del árbol de la sabiduría
que sembró Epicuro a la mitad
de su salón de clases.
era una simiente del tamaño de la insignificancia
donde dormía
una minúscula musculatura arbórea.
Con el tiempo, al regarla, hizo que el árbol
que naciese de ella,
se adueñara del salón,
sacara su ramaje por las ventanas,
generara cuarteaduras en los muros,
resquebrajara el techo
mientras sus ramas hacían extraños forcejeos
con el botón de la puerta.
Epicuro dijo: no. Ya basta.
Necesitamos un Jardín.

Las grandes corrientes de la filosofía griega
poseían su ubicación, su casa, su lugar simbólico.
Si los platónicos tenían la *Academia*,
los aristotélicos el *Liceo*,
los estoicos el *Pórtico*,
los epicúreos fundaron el *Jardín*.

Era un lindo terreno que Epicuro compró sólo por 8 minas.

Como si el precio, en ese momento, se viera imantado por lo gratuito, por aquello en que se trueca -sin dejar despellejado a nadie- un bien o una posesión por el agradecimiento en la más dulce versión de la sinceridad.

En este Jardín se cultivaban floripondios, crisantemos, girasoles, amapolas nomeolvides -siempre plantados en los últimos lugares del terreno-, también ideas, abstracciones, argumentos.

Era el vergel del atomismo.

Una zona dedicada a glorificar a Leucipo, Demócrito, Nausifanes y al propio fundador de la escuela.

Muchos fueron los discípulos de Epicuro.

La doble vertiente de su filosofía natural y su ética,

se ganó el aprecio de muchos jóvenes, los cuales,

después de escuchar al maestro,

y saldar cuentas en su propia meditación,

no abandonaban del *Jardín*

con su fardo embarnecido de nombres famosos como Heráclito, Sócrates, Platón y Aristóteles,

en una suerte de historia de la filosofía por episodios,

sino que se iban a sus casas,
a sí mismos,
a sus ocupaciones
con una idea nítida, o con señales, o con atisbos
de cómo las preguntas muertas de sed
de la curiosidad
deberían de descubrir los escondrijos
donde chapotearan las respuestas.
Y amén de ello, los alumnos se hallaban preparados
-y esto es lo fundamental-
para *darle sentido a la vida*.
No para que, como bien lo sabes Lucrecio,
Alguien les confeccionara tal sentido a control remoto
desde el allende,
sino para que ellos, poniendo manos a la obra,
lo generaran en sí mismos.

Por el *Jardín* pasaron muchos prosélitos de Epicuro
como Metrodoro, su hermano Termócrates
y Lampasaceno.
Todos prestos a sacar el estilete de la lógica
y no dejar en el mundo de los dimes y diretes
títere con cabeza.
A la muerte del mentor, se hizo cargo de la escuela
Hermaco,
y él y todos los demás se dedicaron,
alentados por el ángel custodio de la memoria
de su instructor,
a difundir las tesis del maestro
y a barrer con la escoba
la basura que arrojaban los enemigos sobre Epicuro,

su memoria y sus ideas.

El jardín además se hizo famoso por el cultivo de la amistad: el hecho comprobado de que la vocación solidaria de los ramos poda las espinas; por estar abierto a las mujeres¹² en contraste con la Academia y el Liceo y a semejanza de la Hermandad pitagórica y de los cínicos.

Se sabe que Epicuro escribió mucho, que su desvelo creativo hizo parejas con la frente sudorosa de su vigilia, y se pasó por la vida buscando los adobes eidéticos, hechos con celeste arenilla, que, unidos por la mezcla de su sabiduría sintética, serviríanle para levantar edificios de conceptos e intuiciones que -de ello estaba seguro- harían que el tiempo, malhadado, se escapara al horizonte a lamerse las heridas.

Podría haber dejado una obra como la de Aristóteles esa sinopsis-de-la-realidad-en-su-conjunto que recibe el nombre de **sistema** y que los filósofos, con hormigueos de dios

¹² que con frecuencia saben ver más lejos y mejor que los varones y sus ojos enturbiados por las legañas patriarcales.

en las palas de las manos,
 tratan de presentar como plato fuerte de su filosofía
 o la forzada ubicuidad del pensamiento.
 Unas obras simplemente se extraviaron,
 y se hallan arrinconadas en algún lugar
 del arcón infinito de las cosas perdidas.

Pero otras fueron víctimas de la destrucción cristiana
 que, en nombre del amor,
 hizo, con los añicos
 de todo lo helénico, rompecabezas del caos
 inarmables las más de las veces.
 y que era frecuentemente acompañada
 por un ***diluvio de fuego***
 que a diferencia del otro,
 quemaba hasta la misma idea,
 de un arca salvadora.

Por fortuna, Diógenes Laercio
 rescató de esa magna obra
 tres cartas: a ***Herodoto***, a ***Pitocles***,
 y, la más importante de todas, a ***Meneceo***.
 En dichas epístolas tu mentor, Lucrecio,
 divide la filosofía en tres partes:
 la *canónica*, la *física* y la *moral*.

La *canónica* es su *epistemología*¹³,
 el método para ir de lo aparente a lo esencial,
 de lo que, sin más averiguación, parece que es,
 a la convicción de que *eso* que tenemos enfrente

¹³ Su teoría del conocimiento. También podríamos llamarla gnoseología.

ha recibido sólo la transfusión de sangre de un fantasma.

La *canónica* de Epicuro es *sensualista*, una de las puertas que el materialismo abre de par en par a la docta ignorancia.

Cree que el conocimiento es la puntual mensajería de los sentidos a la mente, dedicada a ordenar, clasificar, interpretar lo que, en veces, teniéndolo por irrecusable no es sino una mentira

-una mascarada, un embozo- que acaba de salir de un salón de disfraces.

El *sensualismo* es tan sólo

la carta de presentación del empirismo.

Para este último el criterio de verdad no sólo está en los *sentidos*

que traen a las espaldas un conocimiento determinado, sino en la *experiencia* que es un constante entreluzo de la mente y los sentidos.

Todo empirismo es sensualista,

pero no -en retruque que lleva a que la lengua pastoree a las palabras en sentido contrario-

todo sensualismo es empirista,

ya que a veces éste no toma en cuenta que el conocimiento es un *proceso* en que intervienen

no sólo los sentidos, sino todas las potencialidades del ser humano.

Los sensualistas piensan

que, si desgraciadamente, madre naturaleza, por un corto circuito de leyes naturales

inesperado, diera a luz
en una pobre matriz desafortunada,
un engendro sin la vista, el oído,
el olfato, el gusto y el tacto,
tal criatura no tendría la posibilidad de conocer nada.
Lo que se dice nada.

Es más que seguro que ni siquiera conservaría
el sentido interno
ya que éste -que, en casos como el de Epicuro,
tiene brillos de oro,
y una corte de kilates
que pregonan su grandeza,
no puede existir sin la montura
de los cinco sentidos.

Ese misterioso ser no sabría nada de nada.
Cercenado del afuera,
no repararía en lo que le sucede a su vecino
ni las señales admirativas de una estrella
que registra los movimientos incoherentes
que mueven y conmueven a tal ente.
Su ignorancia no se refiere a un hecho,
a uno solo. No podría responder, por ejemplo,
a la pregunta: ¿qué piensan las hormigas de la muerte?
o a esta otra: ¿El camposanto es una empresa
de reciclaje?,
No se refiere a un hecho, sino a la ignorancia infinita
que abarca todas las provincias
del principio de ubicuidad.

Su *física* era especialmente profunda.

Epicuro tenía una relación fraterna con los fenómenos naturales

y supo dar con el habla

con el que es posible comunicarse

con los endriagos de la naturaleza.

Llegó a saber dónde estaba la cabina del piloto

de los vientos huracanados,

la herrería en la columna vertebral de los truenos

donde el yunque y el martillo

crean los rugidos del relámpago,

la onda marítima donde se congregan

psicopáticos peces voladores

para arrojar marejadas y tsunamis,

el alma de la nube

donde ésta toma la decisión de dejar de ser,

mutándose en multitud

no de lágrimas por su fallecimiento,

sino de gotas de semen

que, en eyaculación sideral, esparcen

las redondeces creativas de la tierra.

Pero donde su física fue más elocuente

fue en la teoría de los átomos

que, como he dicho,

tomó de Demócrito,

la vio por los cuatro costados,

la levantó en vilo,

la estudió por el derecho y el revés

y la hizo suya.

Epicuro aceptó de Demócrito
que los corpúsculos -indivisibles
y opacos a los ojos- pero no a la imaginación,
al galopar sin freno de la fantasía,
tenían tres caracteres
y un común denominador:
poseían diferente forma (o figura),
peso (o gravedad) y tamaño (o magnitud)
y se hallaban en ese contenedor sin fin
que era el *espacio absoluto*.

Los corpúsculos, sitos en diversos niveles
de la realidad

-en cualquiera de los lugares que focaliza la mirada-
creían, impulsados por un peso enamorado del *abajo*,
y a veces, en ese movimiento, se fusionaban tras un choque
creando una entidad cualitativamente
novedosa.

Todo transcurría de manera mecánica,
como dirigido por un metrónomo tozudo:

los cambios lo eran en el espacio:

pero el átomo -tan eterno como el Uno parmenídeo-
y en cuyas entrañas no cabía la menor palpitación,
el menor tic tac de un reloj aturdido,
y sólo generaba lo cualitativamente diverso
por la imprevista colisión o síntesis
de los átomos.

Epicuro, tras de admirar
el vergel de reflexiones de su mentor,

dijo: “no... algo falta”.

Rodeó las flores de su maestro
con el cardo fecundo de su negativa.

“No, dijo, lo nuevo no puede surgir
del imprevisible choque de átomos
que cuidan su identidad
como la niña de sus ojos,
sino que los corpúsculos deben tener
en su naturaleza la *desviación*¹⁴.”

El objetivo de la filosofía moral de Epicuro
es anular los obstáculos que se oponen
a la felicidad.

Qué duda cabe: Epicuro es un ***eudemonista***
de pura cepa,
y no un ***hedonista*** como sus enemigos
-sobre todo cristianos-
lo presentan.

La felicidad no es la búsqueda
de un placer sin freno
que se deshace con los dientes de la rienda
y da de comer gránulos de cielo a sus pezuñas.
Es un placer sosegado, dirigido por la ***prudencia***,
el valor supremo para Epicuro,
que tiene en el cultivo de la amistad y del saber
sus momentos superiores de deleite,
su torre o atalaya
desde donde puede tutearse con el viento
y, con frases ingeniosas,

¹⁴ Lo que Lucrecio llamaría más tarde la *clinamen*.

hacer hablar a las estrellas.

¿Cuáles son los obstáculos que se oponen a la felicidad y cómo erradicarlos?

Son el temor a la muerte y a los dioses.

Según Epicuro

no había que preocuparse ni de los dioses, hechos también de átomos, que se hallaban entregados de tiempo completo a los menesteres de la perfección, ni de la muerte.

Epicuro le dice a Meneceo:

“Acostúmbrate a considerar que la muerte nada es contra nosotros, porque todo bien y mal están en el sentido, y la muerte no es otra cosa que la privación de este sentido mismo”.

Y más adelante:

“La muerte, pues, el más horrendo de los males, nada nos pertenece; pues mientras nosotros vivimos, no ha venido ella; y cuando ha venido ella, ya no vivimos nosotros”.

No estoy seguro de que esta tesis sobre la inexistencia de la muerte -con la que el gran filósofo quiere combatir el miedo al desenlace de Meneceo

y del de sus demás seguidores, pueda convencernos hoy en día. El maestro del Jardín, para lograr su voluntad consoladora y arrancar la corona de espinas del corazón de todo ser humano, da un giro, ay, inaceptable para nosotros: consumir el divorcio entre el existente y el tiempo.

Para nuestro filósofo, las personas no viven ni en el pasado ni en el futuro, sino que, durante su entera vida, sin que ninguna excepción alce la mano para pedir el micrófono, tienen como su vivienda el *presente*.

El pasado, que en su momento fue presente, se diluye en la galería de fantasmas de lo sido. El porvenir -que algún día será también presente-, aunque vive en los litorales de lo posible, todavía no es. El mañana, antes de acceder, es tan irreal como un sol muerto de frío.

Si piensas que te vas a morir, dice Epicuro, lo estás pensando *desde* la vida, desde el punto cuajado de existencia que es el presente.

Nunca podrás decir: “he muerto” ya que la muerte no es sólo el instante del último suspiro, las coronas y el embrión de un nuevo epitafio,

sino la disolución del presente

desde donde podrías decirlo.

Yo no podría separar el “*sein*” del “*zeit*”¹⁵
ni tampoco el “*dasein*” del tiempo.

No es verdad que el pasado, al advenir el *ahora*,
deje simplemente de existir
como cuando se les prende fuego a unas fotografías
y la nada se pone a masticar las cenizas
de su alimento favorito.

Tanto en las personas como en la sociedad
el pretérito, o parte de él, está ínsito en el *hoy*,
como la obra negra e invisible
de la nueva arquitectura,
condicionando lo que hay en él,
en su estructura,
en el perfume de su esencia.

Otro tanto ocurre con el futuro:
lo porvenir no es una ficción
que carga talones de Aquiles
en sus pies de barro.

La utopía, lo prospectivo, lo posible
no son el *más allá inmanente*
de lo terreno, sino que, por buscarlo,
por ir en pos de su realización,
por saber de su inexorable advenimiento,
son factores decisivos
que reconfiguran el presente
y le dan la dimensión existencial

¹⁵ Expresiones de Heidegger. *Sein* (ser), *zeit* (tiempo), *Dasein* (ser ahí).

que lo caracteriza.

Todo presente tiene el pie en el estribo del futuro.

Cierto es que mientras estemos vivos,
y aun pensando que nos vamos a morir,
no podemos asentar

por los nuncas de los nuncas:

“al fin estamos viviendo nuestra muerte”

ya que somos, como Epicuro y como tú Lucrecio,
materialistas,

y sabemos que nuestra alma se desintegra
al vendaval de nuestro último suspiro.

Si nos sabemos “seres para la muerte”¹⁶,

esta última, incorporada al “ser ahí”

como parte definitoria,

trae consigo -¿no crees Lucrecio?-

elementos positivos y también negativos.

Si caemos en cuenta que, sin posibilidad de cambio,
vamos a fallecer,

el terror que esto provoca nos lleva

a cuidar la vida, a no desentendernos

del peligro que nos acecha

y tal temor se transforma

paradójicamente

en el blindado escudo,

en el insomne ángel custodio,

en las manos maternas intemporales

de la vida.

Pero el hecho de que seamos

¹⁶ Afirmación de *dasein* cuando, lejos de entregarse a los existenciaros de la distracción, asume su “vida auténtica”.

“seres para la muerte” o cunas para el sepulcro
no sólo trae consigo el miedo
-a veces un pavor enloquecido-
a morir, a dejar de ser o de serse,
y su singular consecuencia,
el ***cuidado de la vida***,
sino cumplir el deseo que también en veces surge
de no dormir unas horas,
prescindir tibiamente de la conciencia
y volver, con la vigilia, a la brega cotidiana,
sino de dormir sin despertar
reposando las sienes en la nada
por los siglos de los siglos.

No obstante lo positivo
que puede cargar la idea de la muerte
y que es como ir por agua al infierno-
el hecho desnudo está ahí:
querámoslo o no,
el día menos pensado
nuestro reloj empezará a sangrar,
la carne escuchará las voces de la pudrición
y, no habiendo escapatoria,
quien sin embargo siga sin querer morir
no le quedaría otra carta que la resignación
y formar parte de la feligresía
del ***ni modo***.

4.5 *El estoicismo.*

Como si se fuera de lo objetivo y más general a lo subjetivo y más individualizado, o se cambiara la perspectiva de *puertas al campo* por el *umbral a lo humano*, la filosofía griega puede ser dividida en tres grandes momentos: el **cosmológico** de los presocráticos, el **antropológico** de los sofistas, Sócrates (y Aristóteles) y el **ético** de los post-aristotélicos.

Los primeros querían saber de qué están hechos y por qué los gusanos, las piedras, las luciérnagas, el sol o el laúd invisible de los grillos. La mitología hablaba de ello, pero, teniendo atada la lengua a las creencias y la tradición, acarreaba nubes de polvo que no le permitían pestañear ni ir a la cosa misma, y se enredaban en las telarañas que les tejía el arácnido de la apariencia. Ignoraban además las preguntas que había que acercar a los oídos visibles o no de los objetos para decirles: “Y tú, criaturita, ¿que eres?”

Después de mucho esfuerzo,
 de astillarse los nudillos de las manos
 tocando una vez y otra y otra
 las puertas, reticentes y desdeñosas,
 de la vedad,
 se conformaron con beber
 el agua turbia, miope, de la hipótesis,
 la conjetura,
 el “parece ser así”.

Los sofistas

-Protágoras, Gorgias, Hippias,
 Trasímaco, etc.,
 desde luego Sócrates
 y hasta el mismo Platón,
 trasladaron la **física**, la cosmología
 a los sótanos de la construcción filosófica.
 Le hicieron un lugar entre los trebejos,
 aunque tuvieron buen cuidado de quitarle el polvo
 y limpiarlo de telarañas.
 No diré que la arrumbaron,
 y le ciñeron un ropaje de “cosa insignificante”,
 pero sí que la pusieron en un ámbito
 donde la luz, muerta de miedo
 por una oscuridad depredadora,
 lo pensaba dos veces antes de entrar.

Las escuelas post-aristotélicas
 (cirenaicos, cínicos y epicúreos)

no dejaban de tener múltiples oposiciones
y gustaban volar por diferentes cielos
acicateados por una sed sin riendas,
nunca decían “de esta agua no beberé”;
pero todas hacían énfasis en la ética
y en todo lo inherente al ser humano.

De Zenón de Citium¹⁷,
el creador del primer estoicismo,
se cuenta que, al marchar a Atenas,
el barco en que se dirigía dio con una tempestad
de pocos amigos
y recurrentes encrespamientos de malas intenciones.
Zenón y otros individuos lograron salvarse;
pero su fortuna, que era del tamaño de lo incontable,
fue a parar, tras el naufragio,
a la invaluable colección de tesoros submarinos
de Poseidón.

En Atenas, la casualidad,
que tiene un pacto de sangre con la historia,
hizo que una de las primeras personas que conoció
fue nada menos que al cínico Crates
(el amante de Hiparquía),
cuya filosofía y los viejos ideales anarquistas
de Diógenes
siguió por un tiempo,
el tiempo suficiente para ya nunca
bajar la guardia frente al poder,

¹⁷ No debe confundirse con Zenón de Elea, discípulo de Parménides. Zenón de Citium nació en Chipre aproximadamente en 333 A.C. y murió en 262 A.C.

ese viejo acantilado contra el que chocan a veces
y a veces lamen
las olas ciudadanas.

Crates, aludiendo a la pérdida de la fortuna
en el naufragio, le dijo:

“Zenón, no te aflijas, no derroches más lágrimas,
no humedezcas el sentido de tu vida.

Reflexiona en que la riqueza

-las excepciones beben en distinto charco-
atan a los humanos a la bestialidad.

Es muy común que el mazo del ansia de poder y gloria
caiga sobre la brújula que cada individuo tiene en propiedad
y no sólo destruya las piezas y ruedecillas que la integran
sino también los puntos cardinales

que quedan regados en el suelo

y en plena desubicación,

es entonces que las criaturas, desorientadas,
van en busca

-como las manos vacías tras una promesa-
de valores maloliente y falaces.

Después de analizar el pensamiento
de Heráclito, Platón y Aristóteles,

Zenón se integró a la escuela megárica¹⁸,

luego, ya muerto Platón, a la académica¹⁹

y, finalmente, habiendo concebido

su propia filosofía

¹⁸ Encabezada por Estilpón. La escuela megárica fue fundada por el gran Euclides, discípulo de Sócrates.

¹⁹ Dirigida por Jenócrates.

se dedicó a exponerla en la Stoa,
de donde proviene el nombre de los integrantes
a esta escuela²⁰.

No se puede decir que Zenón haya sido un improvisado.
Alguien que con la página en blanco de su frente
-recinto donde ninguna letra,
intrusa,
sería poseedora del santo y seña
para escapar del naufragio-,
y con su estructura craneana
limitada a velar
las circunvoluciones de su estulticia,
un improvisado
que se sube de repente,
de la noche a la mañana,
al carromato del pensamiento,
toma las riendas con sus iletrados dedos
y se traslada, a tumbos y rechinando
y con el riesgo permanente
de venir al suelo y al ridículo,
por la calzada real de la filosofía.

No acumulaba saberes
como el usurero
que, en su voracidad de trozos de mundo,
acaba por tener, a más de una materia cerebral
que evoluciona del gris al amarillo,
una miopía que impide a sus pupilas,

²⁰ La designación de estoico se deriva, pues, de la *Stoa Poikilé* que alude al pórtico del Ágora de Atenas.

obsesionadas por el tintineo sinfónico
que estalla en sus neuronas,
alejarse de su riqueza,
y ver más allá de las pestañas
agiotistas.

Él acumulaba sus conocimientos
como el que concentra sus experiencias
-no sólo de los libros o los decires
de saliva elocuente-
hasta formar la atalaya de la sabiduría
y poder contemplar desde ese punto
lo otro, lo distinto
con el catalejo de la crítica.

El estoicismo pone en primer plano
la filosofía práctica,
la reflexión y el actuar de la conducta.
Los puntos de vista lógicos, metafísicos o naturales
se dejan para luego,
un luego que, cautivo en la camisa de fuerza del futuro,
nunca accede, ni es fagocitado por el ahora.
La ética estoica se basa en dos principios:
la impasibilidad²¹
y la imperturbabilidad²²

Varios ejemplos posibles de estas normas
me vienen a la mente.

Estoico es quien, al sentir la puñalada

²¹ la llamada *apátheia*

²² la designada *ataraxia*.

de un cólico en el vientre,
lo recibe sin sobresaltos,
mordiéndose un huevo,
y paseándose por la galería de lo *imperturbable*,
de lo que no se mueve, como la hoja
que, ante el furor del aire,
lejos de venir a tierra
acaba por hacer que al viento
se le deshojen los músculos.

Si, víctima de la migraña,
un cerebro sufre un ataque
de las espinas aladas
que emite el avispero,
el estoico o la estoica, *impasible*,
no ignora su existencia -¡no puede hacerlo!-
pero lo trata como a un vecino indeseable,
no lo saluda en los corredores,
no le abre la puerta si toca a su departamento
no le contesta sus llamadas telefónicas.

Si un estoico siente, como Prometeo,
el trabajo del buitre canceroso,
deja, imperturbable, el dolor
en las brumas del segundo plano,
como una noticia irrelevante del periódico,
y piensa en el fuego, en cualquier de sus modalidades,
que, enriqueciéndolos,
ha entregado a los hombres.
Su desdén a la dolencia nos hace evidente
que alguna llamarada

llega al buitre de rapiña y lo convierte
 en un pájaro de fuego
 que, en llegando a su último compás,
 queda reducido a un charco de ceniza victoriosa
 rodeada por el estentóreo aplauso de la gente.

Las estoicas y los estoicos, en fin,
 tras de poner al sufrimiento en cuarentena,
 se dedican a pescar la distracción,
 el olvido, lo imposible,
 en las aguas promisas de la resistencia.

La *apátheia* y la *ataraxia* son nociones
 que, sin olvidar al cuerpo,
 al soma, a la celda semoviente en la que andamos,
 se esfuerzan hasta lograr una autonomía
 casi absoluta
 o de la *res cogitans* como se dirá más tarde.
 Hacen de lo humano y su caballería
 un Centauro
 -el todo continuo de caballo y hombre-
 y la reata, el látigo y las espuelas
 salen sobrando.

La *ataraxia* y la *apátheia*
 son mandatos internos de la parte superior
 del Centauro estoico
 y van hacia sus instintos,
 pasiones y patologías.

Zenón manejó la *impasibilidad*
 y la *imperturbabilidad* hasta una edad

avanzada;
pero la materia sometida,
esclavizada,
volvió por sus fueros
y Zenón acabó suicidándose.
Los pródromos dolorosos de la muerte,
blandidos por lo inaguantable,
no pudieron ser controlados
ni por el mayor perito en dolores
de su tiempo,
y Zenón, al advertir que sus estoicas defensas
contra los padecimientos,
ya no venían en su auxilio,
para evitar lo insoportable
dejó caer el plexo de sus armas
a los pies de la nada.

Cuando Zenón murió en 261 A.C.
dejó muchos discípulos
que, para concertar la relojería de conceptos,
se dieron, en mayor o menor grado,
a la limpieza
de la plaga de sofismas que amenazaban
arrojar los principios de la escuela
al estercolero del *eclecticismo*
y a los espurios matrimonios
que enmascaran los contrarios.
Los más importantes fueron Cleantes
y, sobre todo, Crisipo
-que encabezó la escuela-
y sistematizó las opiniones un tanto dispersas

de Zenón.

Con la muerte de Crisipo finaliza la primera etapa de la escuela estoica o el estoicismo griego²³.

Tiempo después, aparece la segunda etapa, ya en el período helenístico-romano.

Es un estoicismo que se propaga como un reguero de ideología inflamable aprovechando la expansión vertiginosa del comercio romano.

En esta coyuntura, va a obtener una popularidad jamás alcanzada por las otras corrientes post-aristotélicas.

Interesará por diferentes razones a las diversas clases de la época y, durante mucho tiempo, será uno de los ingredientes de la atmósfera que respirarán los romanos con los brazos abiertos de sus pulmones.

Este estoicismo, llamado *medio*, cuenta con dos figuras relevantes: Panecio de Rodas (185-109 A.C.) y Posidonio de Apamea (135-51 A.C.).

Al igual que el momento histórico -como sala de espera del salto- estos filósofos son de transición.

Paanecio no era, no, el Coloso de Rodas,

²³ Que va de Zenón a Crisipo.

pero sí un pensador
que supo crear mordazas
para las estridencias anacrónicas
e hizo revolotear, cielo en mano,
su pluma de ave por caminos
prometedores y ascendentes.
Nos dejó, además de las consabidas tesis
del estoicismo clásico,
varias lúcidas reflexiones.

No creía en el alma.
En la inteligencia, la voluntad y el sentimiento
sí;
pero en un alma que,
al vivir el canto fúnebre del último suspiro,
se desliga del cuerpo moribundo
para seguir viviendo
-como el recién nacido que huye de su madre
hacia la vida-
no. En eso no.
No hay sueños
-que parecen encarnar la verdad
y existir por sí mismos
en la montura de su autonomía-
sin soñadores.
No los hay.

Panecio se negaba,
por otro lado,
a divinizar el instinto
y a vivir conforme

con el estado de naturaleza.
 Rehuía arrojar -como Diógenes de Sinope-
 del Olimpo a los dioses
 y poner en su lugar a los perros
 y otras bestias naturales.
 Estaba convencido
 de que había de vivir de acuerdo
 con la naturaleza human
 o séase con la razón,
 cualidad inherente, pese a todo,
 a esas divinidades embrutecidas
 que somos los humanos
 y obtener, así, la felicidad.

Panecio influyó de tal modo en Cicerón
 que éste incluyó algunas de las ideas
 centrales del primero
 en uno de sus libros fundamentales²⁴.

Cicerón decidió apuntalar su edificio,
 ante la amenaza de que un temblor de tierra
 -que tuviese su epicentro en el escepticismo extremo
 que privaba en la nueva Academia-
 generara cuarteaduras en sus muros
 como retorcidas bocas por donde salieran
 los gritos de las víctimas del derrumbe.
 A través de Cicerón, sabemos algo, pues, de Panecio.
 Pero no lo suficiente,

²⁴ En *Los deberes*. Antonio Gómez Robledo, en la Introducción a la versión española de Baldomero Estrada Morán de la obra de Cicerón escribe: “Cicerón reconoce que las ideas fundamentales de su tratado, y aun en buena parte su misma traza, las ha tomado de Panecio, del cual, en efecto, sabemos que escribió una disertación con idéntico título”.

porque al parecer su personalidad, acompañada de su talento discursivo, interesaron a grandes figuras de la época como Escipión el Africano y Catón el Viejo, a quienes influyó poderosamente.

Posidonio²⁵ fue el alumno más preclaro de Panecio y representante insigne del *estoicismo medio*²⁶.

Como su maestro, juega un papel intermediario en la historia de esta corriente ya que, como en una carrera de relevos, tomó la estafeta del primer estoicismo -un manojito de nociones, preciosas las unas, las otras, guijarros en condición de calle, que cargan a tumbos el corazón enfermo de la costumbre y el pólipo maligno del prejuicio- y lo depositó en las manos de los personeros del nuevo estoicismo.

Los estoicos más relevantes de éste son Lucio Anneo Séneca, Epicteto y Marco Aurelio, tres pensadores que, con diferentes matices, potencia de alas, vigor de voces y elocuencia en distintos grados de domesticación, sostuvieron las tesis clásicas de los pensadores

²⁵ de Apamea, Siria (135 A.C.-51 A.C.)

²⁶ Que va del siglo III A. C. hasta el II D. C.)

de la Stoa:
control de las pasiones
y búsqueda de la felicidad.

4.6 *Séneca. Su vida y su muerte.*

Algunas de las luminarias
de la filosofía latina
no vieron la luz en el corazón del Imperio
-donde la cultura, la política y el militarismo
se reproducían al vertiginoso ritmo
de una historia enloquecida-,
sino en lugares extraños o colonias
alejadas del centro.

Tal el caso de Lucio Anneo Séneca que nació
de una familia acomodada,
sin padecer nunca mordeduras del hambre
ni insolencias del frío,
en Córdoba, España.

Se le suele llamar Séneca el joven
para diferenciarlo de su padre²⁷,
célebre profesor de retórica,
muy conocido y reconocido en la Roma
de entonces.

La expresión: “de tal palo tal astilla”
le viene a este caso
“como anillo al dedo” de una anhelante novia,

²⁷ Marco Anneo Séneca, conocido por el sobrenombre de “el Retórico”.

ya que aquí
 el añoso refrán de que
 “nunca segundas partes fueron buenas”,
 lejos de cumplirse,
 sufrió tal descompostura
 que la excepción dejó a la regla
 lamiéndose las heridas
 en uno de los rincones del fracaso.
 La astilla con el tiempo embarneció
 hasta volverse, en tiempos de Tiberio,
 el tronco de un árbol señorial
 bajo cuya sombra
 estuvieron varios personajes,
 padre incluido.

En Roma, Séneca estudia filosofía²⁸
 y la ciencia dominada por su padre²⁹,
 lo cual lo hizo acceder
 a los más altos niveles
 de una oratoria en que,
 con el afán *apolíneo* de la lengua
 (que, chasqueando con el paladar,
 ponía en marcha los atabales del ritmo)
 y el impulso de un aliento *dionisiaco*
 que soltaba ráfaga tras ráfaga
 melódicos manjares,
 le permitía irse ganando
 una incondicional feligresía de tímpanos

²⁸ Aquí recibió las enseñanzas de tres pensadores: Atalo, Soción y Fabiano. Se convirtió en estoico con el primero (aunque más tarde su mayor influencia al respecto provino de Posidonio de Amapea), en pitagórico con el segundo y en ecléctico con el tercero.

²⁹ La retórica.

y voluntades.

Además de distinguirse en la elocuencia,
llamar a las cosas por su nombre,
desvestir las,
no andarse por las ramas
con el peligro de encontrar,
como las hojas,
la llegada de imprevistos otoños,
nuestro pensador fue acumulando títulos:
abogado, cuestor
y hasta la *dignidad pretoriana*
que le brindase el emperador Claudio.

Contrajo nupcias con una joven noble.
Pero Claudio lo destierra a Córcega
acusado -dicen las malas aunque veraces lenguas-
de adulterio
con una sobrina del mismísimo emperador,
“como lo evidencia -decían- el macho cabrío
del esposo”.
Algunos de sus discursos generaron en Calígula,
por los temas que trataban
y la forma en que lo hacían,
una suerte de inquietud
o insoportable comezón en el alma.

Molesto por su notoriedad,
Calígula estuvo a punto de condenarlo
en el 39 D.C.
Pero el rayo flamígero que le lanzara

la celestial ferocidad,
no se le vino encima
carbonizando su vida y su entusiasmo,
sino que sólo le cayó a la vera,
ahí donde extiende su morada
la más cercana de las cercanías,
chamuscándole algunos cabellos
y por el momento la región más inflamable
de su ansia de poder.

En 41 Séneca es desterrado a Córcega por Claudio,
acusado de adulterio con una sobrina
del mismísimo emperador
y no es sino hasta 49,
cuando, al regreso del destierro,
con una fama que se extendía hasta rozar
los puntos cardinales,
que repara en él Julia Agripina,
la esposa de Claudio.

Agripina, la madre de Nerón,
fue de la idea
de que nadie más apropiado
para servir de guía a su hijo
que el insigne Séneca.

Sería como tener en casa
un cayado producto de la forja
con las maderas más finas del Imperio,
un mentor en miradas
que impartiera todos los días a su pupilo
lecciones para ver más lejos, más lejos...

En 54, tras del asesinato de Claudio

ordenado por Agripina,
 escribió Séneca una obra irónica:
 la ***Apokolokyntosis divi Claudio***³⁰ en que se burla
 de la supuesta apoteosis de Claudio.

Los primeros años del ejercicio gubernamental
 del nuevo César -un lustro-
 fueron excepcionalmente brillantes
 -la historia no se cansa de paladearlos con deleite-
 ya que el joven emperador
 seguía los consejos de dos preceptores
 que combinaban la filosofía estoica
 y la visión pragmática
 de la gobernanza: Séneca y Burro³¹.

Pero el tiempo tiene prohibido detenerse.
 Cuando creció Nerón
 y -transmudado en serpiente-
 dejó la piel de la adolescencia
 a sus espaldas,
 con la más sangre fría
 reptó hacia el poder absoluto
 y apagó el entusiasmo chisporroteante
 de sus mentores.

Fue entonces cuando Séneca
 empezó a acumular basura
 y a caer en contradicciones

³⁰ O metamorfosis de la calabaza, parodia en prosa y verso que ridiculiza a Claudio con motivo de sus funerales y supuesta metamorfosis en dios.

³¹ Sexto Afranio Burro. Con el filósofo hispanorromano ejerció como consejero de Nerón y tuvo gran influencia en los reinados de Claudio y Nerón.

que mancharon su reputación
y que la Señora Posteridad
no puede con una escoba
esconder bajo el tapete del silencio.

Séneca, por desgracia,
empezó a hacerse de la vista gorda
-como si la niña de sus ojos
echara carnes-
y a justificar las arbitrariedades,
los asesinatos
y los negros estornudos del corazón
del hijo de Agripina.

La libertad no es un producto
de una *causa* parturienta,
de una *determinatio* que expulsase de su entraña
un *efecto* con ese par de orificios
-columpio de aire-
para dialogar con el oxígeno.
Esto lo sabía Séneca
y aparecía en sus escritos
ya que, de no ser así,
la responsabilidad de los seres humanos
sería la clonación de un espejismo.
La libertad nace en la entropierna
de la decisión,
del “me vale madres, así lo quiero”.

En el entendido de que lo *predestinado*
sufre, frente al libre arbitrio,

la lepra que, invadiendo a los espectros,
es causa de que se les vaya desmoronando
su carne inmaterial,
no hay más que dos tipos de elecciones:
las que no se pueden hacer
y las que sí.

Aunque me muera de ganas,
no puedo de un brinco
hallarme en la copa de un árbol
para intercambiar palabras
con mi estrella favorita;
también me es imposible,
cuando está rota
y arrumbada en su inutilidad
la única escafandra que tengo,
pasar mis vacaciones en el fondo del océano;
no tengo, en fin, la más mínima posibilidad
de llevar a un unicornio a beber
a la fuente de los patos
del parque México.
Aunque me muera de ganas.

Pero sí que puedo,
ahora a mis 90 años,
ayudar a una anciana de 100
a pasar la calle.
Sí que me es posible
rechazar un homenaje que,
en un descuido,
la mafia del poder

quisiera organizarme
creyendo que,
en la epidemia de olvidos que padezco,
se halla el **no** y su militancia
de siempre.

Sí que me es dable
mirar a los ojos a una bella chica
mientras estoy pensando
en la temperatura exacta
de sus piernas.

Está en mi mano, en fin,
escribir ¡aún! alguna metáfora
que Góngora, Quevedo o Montes de Oca
me envidiarían.

Séneca tenía una lista semejante
de acciones que su voluntad
podría haber realizado,
de quererlo.

Él sabía que la *ataraxia*³²,
que le arranca las uñas al dolor
y hace de la angustia
una pieza de museo,
supone la libertad y cae
dentro del conjunto de las acciones
de difícil pero posible viabilidad.

Pero en varias ocasiones
nuestro hombre -y con él muchos filósofos
incluido Miguel de Montaigne y Albert Camus-
llegó a la conclusión

³² La imperturbabilidad

de que el más refinado, profundo y precioso
acto de libertad
que posee el ser humano
es el suicidio.

Las mujeres y los hombres
nos diferenciamos de los animales
en muchas cosas y sentidos;
pero uno de los esenciales
es que, dado nuestro albedrío,
somos animales capaces de suicidarse.

Séneca tuvo durante un tiempo
buenas relaciones con Nerón.
Después de devanarse los sesos,
de recorrer todas las galerías de la jaqueca
y de suponer que la cuadratura del círculo
está bajo la lengua de la Esfinge,
encontró un *poro* más o menos velado
en el cual el agua y el aceite
pueden emprender una aceptable convivencia,
intercambiar palabras, buenos deseos
y dulcísimas uvas de la última cosecha.
El filósofo, fingiendo no ver las ignominias de su amo,
colgó la mordaza de su oportunismo
en la punta de la lengua.
Pero Nerón, contento al principio,
pronto fue presa de la desconfianza
y Séneca se vio obligado a retirarse
de la vida pública a la privada,
donde la biblioteca, feliz, diole la bienvenida
y la almohada se regodeó pensando

en los paliques y cabeceos
que mantendría en lo futuro con el filósofo.

Mas el déspota creyó descubrir
-o imaginóse-
que ese hombre recluido en su palacete,
sufriendo las consecuencias de su infidelidad
al emperador, formaba parte
de la conjura de Calpurnio Pison
en su contra.

Acto perturbador que lo condujo
a desvelarse pensando cómo castigar
de nueva cuenta
a ese amante de la sabiduría
y la traición, como lo calificaba
sin ambages o matices piadosos.
Y hacia la madrugada,
cuando un gallo, atragantado
con los primeros maíces de sol,
estornudaba sus arpegios,
despertó con esta siniestra idea:
“Séneca no debe ir a prisión,
ni ha de morir
por obra y gracia de mis huestes,
sino que debe ser obligado
a suicidarse,
a matarse con sus propias manos.

Los esbirros encerraron a Séneca
en “el cuarto de vapor”,
sin importarles el asma,

dolencia que el filósofo retenía,
como una de sus pertenencias,
en el fardo de los pulmones
desde años atrás.

Al pensador estoico no le quedó más remedio
que poner manos a la obra
en su propia destrucción.

Era difícil, por no decir *imposible*
-término que guillotina las manos
y cercena la intención
del que escucha los llamados
de la práctica.

Era cuesta arriba por dos razones:
porque la conspiración de uno
contra sí mismo
y amalgamar en una síntesis
tan insólita como siniestra
la víctima y el verdugo,
es ir a contracorriente
del instinto de conservación,
ese escudero de la guarda
de todo ser vivo.

Pero es difícil además
porque no se incuba
y se va preparando para nacer
en el pecho de la muy personalísima
decisión,
sino que tiene su origen
en una orden acompañada enhoramala
por la rúbrica de lo irrevocable.

Séneca, con un puñal vampiresco,
como si fuese el colmillo de Nosferatu,
se cortó las venas
e hizo que su vieja profesión
(la elocuencia, la avalancha procelosa de vocablos)
encarnase en la roja catarata
de una oratoria de sangre.

La muerte, sin embargo, se hizo la desentendida
y siguió cortando flores con su guadaña
en jardines ajenos.

Al comprobar Séneca que su pulso,
rebelde, continuaba desgranando
segundos rebosantes de vida,
que indicaban aún su presencia,
firme el pie,
en los rumbos familiares del aquende,
se acercó a los labios
una porción abundante de cicuta.

Entre las nubes de vapor
Séneca, con la mente alterada
por los aleteos de un sudario amenazante,
cree descubrir,
como quien salta del trazo al contorno,
la efigie de Sócrates
que diserta, como en el *Fedón*,
sobre la inmortalidad de un alma
y el desdén que ha de tenerse por el epitafio
como género poético.
Aunque el rostro del antiguo pensador

no es sin una imagen forjada
por la hemorrágica alucinación
del moribundo
-el inconsciente, en complicidad con la fantasía,
proporciona transfusiones de sangre
al espectro-
el fantasmagórico Sócrates se mueve
con ínfulas de independencia,
autonomía,
realidad,
y dice, con voz arrebatada:
“Un suicidio a fuerzas no es suicidio,
es asesinato.
Los instrumentos homicidas de siempre
se dejan en sus fundas
o disfrutan sus horas de asueto,
y ahora, ay,
durante los trágicos minutos
que convierten al reloj que los mide
en un sicario más,
las manos de la víctima
se tornan en las manos del verdugo”.
Ni el abrirse las venas,
ni el empinar el codo con la cicuta,
ni el arrojar ráfagas de nudillos
al portón de la muerte,
pudo estancar la vida que circulaba
por el cuerpo de Séneca.
Sus palpitaciones no supieron coagularse.
Sus intentos de suicidio se frustraron,
su deceso en realidad se consumó

cuando las manos de la asfixia
-el asma y el vapor de la sala del baño
en infernal convivio-
le torcieron la garganta
al margen de su voluntad.

En contra de lo dicho por el fantasma
de Sócrates -encarnado
en el jardín de lirios de Séneca-
el estoico quiso ejercer la opción
del suicidio, pero no pudo lograrlo.
No pudo.

Todo suicidio, todo,
incluso el que recibe la presión
de la orden del déspota,
implica la libertad
de llevarlo a cabo,
decidirlo,
aunque no se quiera.

La segunda mujer de Séneca, Pompeya Paulina,
siendo la media esfera, jugosa de ternura,
de su cónyuge o viviendo su matrimonio
como unidad inconsútil,
quiso morir con su esposo
y, al mismo tiempo que él, se abrió las venas.
Pompeya Paulina, que había compartido con su esposo
la casa, la comida y el lecho,
decidió también compartir el suicidio.
Pero los guardias de Nerón, por orden de éste

-que no quería meter un pie en las exageraciones-
la arrancaron de los brazos de su hombre,
le vendaron las heridas y le salvaron la vida,
obligándola a ingerir a partir de entonces
el veneno de baja intensidad
de continuar sola y su alma la existencia.

A Séneca no lo mató
el suicidio forzado que empeñóse en realizar
por órdenes superiores.
¡Qué paradoja!: Séneca,
que se esforzara en trascender la existencia
por la vía de su libertad esclavizada,
llegó abruptamente a un callejón sin salida
mientras su último suspiro,
huyendo de los llamados de la entreabierta boca,
se guarecía en algún pliegue
de un corazón que, rebelde,
continuaba soltando su ráfaga de latidos.
y la muerte sólo llegó
cuando el vapor le puso
la mordaza de la asfixia
en su boca, pero siendo
obra de la necesidad, no del arbitrio.

Nerón, cuando lo supo,
apuró encolerizado el cáliz
de la desobediencia.

4.7 *Séneca. Algo sobre su filosofía*³³.

Es, ya lo sabemos, más que nada un estoico.
 Pero le dio a la Stoa griega
 un sabor y un colorido
 inconfundiblemente itálico,
 como si algunas de sus reflexiones
 hubiesen tomado baños de sol
 en una playa mediterránea.
 Hay también en él una nota celtíbera
 de su Hispania natal
 y en algunos de sus textos,
 sus tratados, sus cartas y su oratoria,
 aparece una sintaxis con una que otra expresión
 que no dudaríamos en llamar
 no sólo hispana, sino cordobesa³⁴.
 No era un estoico ortodoxo,
 un individuo que repitiese
 cual es disco rayado de un loro
 su repertorio de dogmas.
 Había tomado algo de Sócrates,
 un mucho de Epicuro
 y Diógenes de Sinope
 no lo dejaba indiferente.
 Por eso no son pocos los historiadores
 que, al hablar de Séneca,
 y arrancándolo de la cruz de su parroquia,
 lo consideran más que un estoico

³³ Entre sus muchas obras, se pueden destacar las *Cartas a Lucilio*, los *Tratados morales*, *El libro de oro*, el *Tratado de los beneficios*, etcétera.

³⁴ Tierra de grandes poetas y filósofos, como Séneca, Lucano (su sobrino), Averroes, Juan de Mena, y el gran Luis de Góngora y Argote.

-a la manera de Posidonio
o Epicteto-
como creador del ***senequismo***,
su muy personal manera
de vérselas con la naturaleza
la sociedad y el individuo.
Su pensamiento, *eudemonista*
-que veía con malos ojos
el aleteo de las abstracciones
en el mundo sublunar
de una lógica enmohecida-
no podría identificarse
ni con el dogmatismo
(que sentaba sus reales en las escuelas)
ni con el pensamiento escéptico
(que se había adueñado
de la Academia Nueva³⁵).
Él tenía en su haber,
en su concepción más pragmática
que teórica,
una cierta inclinación por el ***eclecticismo***³⁶.

4.8. El eclecticismo.

El ecléctico tiene
un verdadero amor por el saber.
Cree que la verdad es una,
que se extiende a lo largo y a lo ancho

³⁵ Cuyos representantes más distinguidos son Carneades y Filón.

³⁶ En su *De brevitae vitae*, en frase muy citada, dice: "Puedo disputar con Sócrates, dudar con Carnéades, vencer la naturaleza humana con los estoicos". En una palabra, le gusta beber no en una sola fuente sino en varias.

de todo,
y que la vida, a golpes de martillo,
se encargó de fragmentarla,
hasta convertirla en un rompecabezas
que, con la revoltura de sus segmentos,
esconde la sublime concordia
de la conjunción.

Colérico, empuja a lo unilateral
a la ventanilla del confesonario
y se empeña en que lo simple
sufra envidia permanente
por lo complejo.

Hay pensadores que tienen
en el arsenal de sus reflexiones
al eclecticismo sólo como una tendencia,
sin definirse como tales de por vida
o soldados al servicio de su empeño.
Séneca busca tender su vivienda
en la tierra de nadie
que hay entre Sócrates y Aristóteles;
San Agustín en la que existe
entre Platón y el cristianismo;
Santo Tomás en la que habita
entre el peripatetismo
y la escolástica;
Kant en la que se vislumbra
entre el empirismo de Hume
y el racionalismo de Leibniz.

Pero hay algunos³⁷
que se definen como eclécticos
y que lo son de la cabeza a los pies
y de los pies a las manos con que escriben.

El ecléctico tiene el peligro
de dar de pies a boca con la incoherencia.
Sueña con poner margaritas
sobre la penca espinosa del nopal,
quiere osos polares en el ecuador,
que se construya un pasaporte
para pasar del agua al aceite
y su resbalosa viceversa,
canta loas a lo híbrido,
ve con admiración a la urraca ladrona.

El eclecticismo es *improductivo*
no porque quiera hacer síntesis enriquecedoras,
no porque pretenda que el conocimiento
salte, en sorprendente pirueta,
de la juventud a la mayoría de edad
o porque ascienda el *amor a la sabiduría*
al posgrado de la adoración,
sino porque se interna en el reino
de la incoherencia,
del silogismo acosado por los virus,
de la psicosis cognitiva
que blande el cetro movedizo de la batuta
y en que no es extraño

³⁷ Como Antíoco Escalón en la antigüedad o el francés Víctor Cousin en el siglo XIX.

que las instalaciones de la argumentación sufran un corto circuito en la lógica y todo, de repente, quede a oscuras sin que, por lo menos, una luciérnaga se encarama en un cirio.

Yo, Lucrecio, soy partidario del ensamble, el acoplamiento, la síntesis que enriquezca la manufactura filosófica. Es un hecho que hay discursos que son hijos de diferentes progenitores, que nacen en distintas maternidades y que, desde la cuna, lucen opuesta aptitudes que los llevan a tener una sólida y muy específica relación con la realidad.

Tal el caso del marxismo, el psicoanálisis, la lingüística, la teoría de la relatividad, la física cuántica, la ecología, etcétera.

Estos discursos, que tienen bases firmes, están, sin embargo, a la greña unos con otros.

No están dispuestos a compartir sus saberes, sus pedazos e mundo, con el vecino.

Mudez de la egolatría, este desdén por el diálogo, por el intercambio de “lecturas del mundo objetivo”,

por el trasplante quirúrgico de reflexiones,
los arroja al sectarismo absolutista,
al “no hay más camino que el nuestro”,
a la paralización de la teoría infinita de la ciencia.
Por eso resurge el pensar *ecléctico*
y, con él, los matrimonios mal avenidos.

Los discursos deben dialogar
y contraer las nupcias de la síntesis;
pero no realizar el acoplamiento artificioso
de la incoherencia ecléctica,
sino con el audaz pegamento de la armonía.
El ***eclecticismo***, aun siendo infértil,
es la prehistoria de lo que yo llamaría
sincretismo productivo.

Y es su prehistoria,
porque ya tiene el pecho incendiado
por el ansia del saber
y el mandato de la búsqueda.

Pero no basta con ello.

No se trata de reunir, de sumar
o de abotonar nuevos nombres
a fenómenos conocidos.

No.

Se precisa generar el nuevo territorio
en que dos discursos, de diversa alcurnia,
puedan confluir o armonizar
en el ámbito fecundo de la coincidencia.

El ***sincretismo productivo***

es buscar y descubrir la forma de volver

dos planteamientos
en una única concepción,
dos discursos
que, si se cruzan en la calle, pasarían de largo
sin saludarse
o si vivieran en dos casas
que estuvieses una frente a otra
tendrían sin cesas
bajadas las cortinas.

Cuando se dice que un 2
-tras los buenos oficios de la cama-
engendra un 1
hablamos de un acoplamiento generativo
que, en infiltrando el semen
por el anillo de bodas de la vagina,
fecunda un óvulo que vive
su instinto maternal
a todo volumen.

Cuando las reflexiones
empiezan a refocilarse
con lo abstruso
o tener deslices con los fantasmas
de la oscuridad,
nada mejor que abrir la ventana
de un ejemplo
y darle la mano para que pase a nuestro cuarto.
Hagámoslo.

El marxismo debería fecundar al psicoanálisis
o su creativa viceversa.

Si, de conformidad con el primero,
los individuos,
por aquello de las relaciones de producción,
se hallan actualmente adscritos
a una clase social
(o son capitalistas o son intelectuales
o son trabajadores)
-o sea que viven en diferentes trincheras
que aunque ocasionalmente pierdan su identidad,
forman de manera latente el mapamundi
de su campo de batalla-,
deben poseer además
un alma estratificada en tres niveles:
el **ello**, el **yo** y el **superyó**,
como producto de una materia
exquisitamente organizada.
El capitalista
puede ser gran burgués o pequeño,
de acuerdo con la cuantía y la calidad
de los instrumentos de producción que posee;
pero además es posible que sea un humano
neurótico o psicótico,
si las partes constitutivas de su psique
viven un conflicto interno entre ellas
o se hallan todas
-o sea el alma en su conjunto-
en contradicción con el mundo externo
deteriorándose, en mayor o menor medida,
el sentido de realidad,
acabando por tener a al delirio
como embajador plenipotenciario del cerebro

en sus relaciones con el mundo circundante.

El marxismo sólo analiza, y es su limitación, al empresario en tanto dueño de las condiciones materiales de la producción y todo lo que ello implica; el psicoanálisis únicamente hace referencia a la neurosis, el “estado fronterizo” o la psicosis que padecen una mujer o un hombre. Y esa es su limitación. Sólo el marxismo fecundado por el psicoanálisis o el psicoanálisis fecundado por el marxismo -o sea dos de las formas fértiles de sincretismo- ponen bajo la lupa al burgués neurótico o psicótico o al neurótico burgués o al psicótico capitalista.

Y aquí, pide permiso para salir al escenario de la página en que escribo una pregunta enamorada de la transparencia como las que formulan los drogadictos de la verdad que no pueden vivir si no tienen a la mano de sus observaciones el fondo de los lagos, las lagunas y hasta los charcos donde se baña sin descanso la turbiedad, ¿ayuda en algo saber que el capitalista sufre un “Edipo mal resuelto” o una permanente fijación anal? O, asimismo, ¿en que nos ayuda caer en cuenta que, quien padece una *histeria de conversión*

o el trauma de una violación paterna
-real o imaginaria- durante sus primeros años,
da la casualidad de que es el dueño de la fábrica
o el financiero que realiza,
escondido en algún rincón del firmamento,
la especulación improductiva?

Y lo mismo con los otros.

El intelectual,
dueño de los medios intelectuales de producción
-que son tan reales como los instrumentos
que manejan las manos
y que, si no ocupan un lugar en el espacio,
sí lo hacen “en la cabeza”-,
¿también puede sufrir,
saliéndose de la normalidad
-como un punto de la línea-
una neurosis severa
o algún cuadro esquizoide,
paranoico o ciclotímico?

Y los propios trabajadores asalariados
-que carecen tanto de medios de producción
físicos como intelectuales-
¿pueden no ser ajenos a los zarpazos
de la neurosis o de la psicosis?

Para enriquecer el marxismo
desde el psicoanálisis
y fortalecer al psicoanálisis
desde el marxismo,
como un dorado coloquio entre gigantes,
hice dos movimientos:

reconsideraré la noción de *pulsiones* de Freud y el concepto de *relaciones de propiedad* del marxismo.

Las *pulsiones*³⁸ son impulsos o afanes que, provenientes de la estructura bioquímica del cuerpo humano -ese laboratorio de inquietudes, enfermedades, poesía- se manifiesta en el inconsciente con una exigencia de cumplimiento que reaparece, o puede hacerlo, en la conciencia.

Tales ansias se fundan en ese deseo que es un flechador que busca dar en el gozoso blanco de su realización.

Freud ha hablado de varias *pulsiones*: el llamado “instinto” de conservación, la sexual, la tanática y otras.

Yo he sugerido que a las anteriores se añada la *pulsión apropiativa*, el ímpetu de salvar las aduanas de lo ajeno y acrecentar lo mío a expensas de los otros. Esta pulsión es el vigía de la pedacería de ser que nos conforma, de la miseria estructural que nos define -aunque se haya venido al mundo en la vagina de oro de una alta alcurnia- o del indescriptible dolor de abrir las manos

³⁸ La pulsión (triebe) no coincide, según Freud, con el instinto porque se manifiesta, no simplemente en un animal, sino en el animal humano.

y leer en ellas la hoja blanca de su vacío.

Las pulsiones apropiativas
pueden ser de tres giros:
***cosísticas*³⁹, *eidéticas* y *antrópicas*.**

Las primeras hacen referencia
a la gula de las manos
por paladear lo tuyo o lo vuestro
y a continuación dejarlo
entre la flora y la fauna de lo mío.
Pueden ser bienes de consumo:
desde naranjas o un puñado de uvas
hasta un mar con más peces que olas
o una tierra que, después del sembradío,
devendrá la abuela de todas las panaderías
del municipio.

Pueden ser bienes de producción:
desde la hoz, la coa, el arado
hasta los grandes instrumentos agrícolas o fabriles
que arrojan a nuestras pobres manos y torpes sentidos
a un criadero de moluscos,
si no indolentes, sí incapaces de decir
“estas uñas son mías”.

Cae de suyo que la existencia
de la pulsión apropiativa *cosística*,
como los otros afanes del inconsciente,
no tiene garantizada, ni con mucho,
su realización, en los trapos húmedos

³⁹ en el sentido amplio del término que abarca no sólo los minerales y vegetales sino también los animales.

que evaporan la fiebre.
Las relaciones sociales,
el mundo objetivo, los dictámenes de la historia
son los que permiten o no
que el impulso, con un aleteo de ave Fénix,
acceda a la satisfacción,
al ardiente orgasmo de unas cenizas
donde el ansia se disipa
para nacer de nuevo.

Algunos tienen la fortuna
-porque las condiciones sociales
les son favorables
con una herencia, un golpe de suerte
o el sabio ejercicio de una corrupción
hecha como Dios manda-
de hacerse de un palacio
y corretear por los salones
a la sirvienta;
pero otros,
por más que se encuentran
con su pulsión apropiativa
aullándole a la luna,
no pueden dejar a sus espaldas
ser un Perico Palos,
un fiel representante de la indigencia.

La propiedad de marras
es el origen de la desigualdad
entre los humanos
como lo sabían y proclamaban

los cristianos primitivos,
las herejías del Medioevo,
el joven Rousseau,
Babeuf, Marechal y la conjuración
de los iguales,
los socialistas auténticos,
el magnate que devora en su mansión
ambrosía *al gratin*
y *néctar en las rocas*,
y el menesteroso que en su pocilga
rasca y rasca su cazuela a la busca
de si dejó mendrugos la ilusión.

La pulsión apropiativa ***eidética***
es el ansia de saber,
de tener el almacén del cerebro
atestado de muy variados conocimientos,
como un jardín de delicias cognitivas.

La pulsión apropiativa ***eidética*** habla de que
el intelectual se forma en el aula
o la experiencia,
donde absorbe los conocimientos
que pasan a ser su propiedad privada.

En la escuela,
con la cabalgata interminable
de generosos pizarrones
y el tropel de maestros
que afortunadamente
dejan la corteza cerebral de sus alumnos

untada con el polvillo ilustrado de los gises.
En la experiencia,
la acción como maestra,
con el error-aprendizaje reiterado
que acaba por hacer que la práctica le pase
la estafeta a la teoría
y que el trabajo físico termine por subordinarse
al trabajo intelectual,
al modo en que la torpeza de las piernas
se supedita al báculo, que tiene a bien regalarle
todas las jornada habidas y por haber.
Con lo anterior se engendra
una nueva desigualdad:
entre los que saben y los que ignoran,
entre los que organizan con sus neuronas
innovadoras construcciones de materia gris
y quienes con las manos corrigen las erratas
del mundo.

La *antrópica*

tiene alguna semejanza con el secuestro y la cárcel.
Se trata de un simple símil, sin mayores pretensiones
-una comparación nacida de un chispazo
en los ojos-.

No es una metáfora cuyos aderezos
garanticen un buen simposio
de poesía.

Un simple símil.

El novio, el esposo, el amante
suele sentirse propietario de su mujer
-y su puntual viceversa-,

la confisca,
la encierra a piedra y lodo en algún decálogo casero,
aprisiona sus huellas digitales.
Y lo mismo los padres con los hijos
y los hermanos mayores
con los demás.

Falta...

4.9 El pragmatismo

Séneca, como buen estoico,
subvierte el fin de la filosofía:
su función principal
ya no consiste en la busca de lo verdadero,
lo oculto tras los siete velos de la apariencia,
sino en el llamado a los hombres y mujeres
a perseguir la felicidad.
Coincide en esto con Epicuro
quien decía: “La filosofía es vana
si no cicatriza las lesiones
del alma”.
Se puede decir que,

con las filosofías post-aristotélicas,
hay un gradual deslizamiento de la filosofía
al pragmatismo,
a lo que Charles Pierce, William James y John Dewey⁴⁰
llamarán mucho después ***filosofía de la acción***.

⁴⁰ Tres pensadores norteamericanos: los dos primeros de finales del siglo XIX y el último del siglo XX.

